

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ANGEL SASTRE

**Diputados presentes:** Acuña, Aldao, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Amenedo, Argañarás, Astudillo, Balestra, del Barco, Barraquero, Barraza, Bejarano, Bustamante, Campos, Cantón, Carbó, Carlés, Carreño, Castro, Cernadas, Conite, Cordero, Coronado, Correa, Crouzeilles, Demaria, Domínguez, Elordi, Ferrari, Figueroa, Fonrouge, Galiano, García Vieyra, Garzón, Gigena, Gouchón, Grandoli, Guevara, Gutiérrez, Hernández, Irigoyen, Iriondo, Lacasa, Laferrére, Lagos, Lamas, Latorre, Ledesma, Leguizamón, Lucero, Luro, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. A.), Martínez (J. E.), Martínez (M.), Martínez Ruffo, Méndez, Monsalve, Moyano, Mugica, Naón, O'Farrell, Oliver, Padilla, Palacios, Parera, Pareja Denis, Peluffo, Pera, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, Roca, Rodas, Roldán, Romero, de la Serna, Silva, Silvilat Fernández, Uriburu (F.), Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Victorica, Vieyra Latorre, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla.—**Ausentes con licencia:** Paz.—**Con aviso:** Astrada, del Carril, Dantas, Delcasse, Fleming, Fonseca, González Bonorino, Iturbe, Lezica, Mohando, Olmos, Ovejero, Robirosa, Seguí, Uriburu (P.), Villanueva.—**Sin aviso:** Argerich, Berrondo, Comaleras, García, Luna, Luque, de la Riestra, Rivas.

SUMARIO

- 1.—Comunicaciones del senado.
- 2.—Peticiónnes particulares.
- 3.—Proyecto de ley, por el señor diputado B. Roldán, relativo á la **expropiación de los muelles y depósitos de la Plata.**
- 4.—Proyecto de ley general de **sueldos para la administración**, presentado por el señor diputado E. Gouchon.
- 5.—Proyecto de ley, por el señor diputado G. García Vieyra, autorizando la **compra de mobiliario** para el juzgado federal de la Plata.
- 6.—Proyecto de ley, por el señor diputado G. García Vieyra, reemplazando por **ujieres** los oficiales de justicia de los juzgados federales.
- 7.—Mociones de preferencia: para **tres despachos de la comisión de presupuesto**, presentados en la sesión anterior. Se resuelve celebrar **sesión especial** para tratarlos.
- 8.—Continúa la discusión del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma de la ley elecciones.**

—En Buenos Aires, á 12 de julio de 1905. el señor presidente declara reabierta la sesión á las 3 y 30 p.m.

1

COMUNICACIONES DEL SENADO

—El señor presidente del honorable senado comunica la sanción definitiva del proyecto de ley ampliando los ítems 1.º y 5.º del inciso 16, anexo E, de la ley de presupuesto: el primero en 60.000 y el segundo en 12.000 pesos moneda nacional.—(Al archivo).

2

PETICIONES PARTICULARES

—El "Colegio de escribanos" solicita que en la ley de reorganización de la justicia de paz se establezca que los puestos de secretarios sean desempeñados por escribanos públicos.—(A sus antecedentes.)

—La comisión protectora del templo de Federación, Entre Ríos, solicita un subsidio.—(A la comisión de peticiones.)

—La congregación de Santa Filomena solicita un subsidio.—(A la comisión de presupuesto.)

—Solicitudes de pensiones: María y Rosario O'Gorman, María Luisa Aberastain.—(A la comisión de peticiones.)

La honorable cámara ha oído hasta la fecha las razones del miembro informante de la mayoría y de los dos miembros informantes de la minoría. No hay debate, á no ser el discurso del señor diputado Romero, tomando desde un punto de vista especial esta cuestión electoral.

Cada uno de los miembros informantes de la comisión de negocios constitucionales ha truído, más ó menos modestamente, á la consideración de la cámara las razones de su despacho. La cámara no se ha pronunciado aún por intermedio de sus más distinguidos oradores, que sin duda tomarán parte en esta discusión.

**Sr. Lacasa**—¿Me permite el señor diputado? Por eso es más pertinente la moción del señor diputado Gouchon.

**Sr. Vedia**—La moción anterior del señor diputado Luro señaló el día jueves de descanso para la cámara, á fin de que las comisiones trabajasen,—porque esta fué la intención de su moción: —dejemos el día jueves para que las comisiones puedan despachar los innumerables asuntos que tienen á su estudio. Esta parte de la moción no la tuvo en cuenta el señor diputado Cantón. Pero, como yo no quiero dar, dividiéndome con él en este caso, el ejemplo de los partidarios de la reforma que se dividen, diré: al fin y al cabo no suprimiremos sino un jueves á las comisiones que necesitan un día entero para trabajar, y todo se conciliará dedicando el día de hoy al estudio de la ley electoral y el de mañana, según la moción del señor diputado Cantón, á tratar en sesión especial, todos los despachos á que se ha referido.

**Sr. Cantón**—Entre los cuales hay de la comisión de presupuesto y de otras que están interesadas en ver convertidos en leyes sus despachos.

**Sr. Vedia**—Y en esto, señor presidente, me parece que queda evidenciado el deseo de los que enemigos de la reforma de la ley electoral no desean obstaculizar con la discusión de ella la tramitación de los otros asuntos en que pueda haber interés parlamentario ó administrativo.

De manera que yo apoyo la moción destinada á conciliarnos con el señor diputado Gouchon, con quien no estamos muy distantes en materia electoral.

**Sr. Martínez (J. A.)**—Ni muy cerca tampoco. (*Risas*).

**Sr. Vedia**—Ni muy cerca...

**Sr. Gouchon**—Retiro la moción, en vista de las dificultades que suscita.

**Sr. Cantón**—Que se vote la mía!

**Sr. Vedia**—El señor diputado encuentra que hay dificultades cuando se apoya en cierto modo su moción...

**Sr. Uribe (F.)**—Usa de su derecho.

**Sr. Vedia**— Usa de su derecho, no lo niego; pero si las dificultades del señor diputado Gouchon nacen del apoyo de sus colegas... (*Risas*).

**Sr. Presidente**— Se va á votar la moción del señor diputado Cantón destinando la sesión de mañana jueves para tratar los asuntos que están á la orden del día.

—Se vota esta moción y es aprobada por 45 votos.

8

## ORDEN DEL DIA

### REFORMA DE LA LEY DE ELECCIONES

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión en general sobre el proyecto de reforma á la ley electoral.

—Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro del interior, doctor Rafael Castillo.

**Sr. Mugica**—Pido la palabra.

Ante todo, debo excusar mi inasistencia á la sesión celebrada ayer por la honorable cámara. Me precio de ser uno de los diputados que más asiduamente concurren á las funciones de este cuerpo; pero un deber, que no hubiera podido dejar de cumplir sin ocasionar verdaderos perjuicios á un grupo de jóvenes estudiantes, me llevaba á integrar una mesa de examen en la facultad de medicina, precisamente á la misma hora que celebraba sesión esta honorable cámara.

Por esa circunstancia me ví privado, muy á pesar de mis deseos, de escuchar el discurso brillante, como todos los suyos, pronunciado por el señor diputado por Tucumán; pero he tenido ocasión de leerlo en la versión taquigráfica, y he visto con satisfacción que ha tomado en cuenta algunas, muy pocas por cierto, de las consideraciones que tuve oportunidad de exponer al

fundar el dictamen de la minoría de la comisión.

Mi primera palabra al contestarle debe ser de sincero reconocimiento por los conceptos elogiosos que quiso dedicarme; pero me ha de permitir el señor diputado, que no acepte la primera calificación con que me honró excesivamente, llamándome diputado elocuente.

Yo no soy ni pretendo ser elocuente. No soy siquiera orador, en el concepto científico y moderno de la palabra. Tengo la desgracia de que cuando hablo mis razones resultan tan sencillas que todos las entienden, y para ser orador en los tiempos que corren, es necesario hablar con tal intensidad de concepto, con tal profundidad de pensamiento y con tal originalidad de lenguaje, que cuando un discurso se ha concluido, el auditorio no ha empezado todavía á entender lo que se ha querido decir. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

En cambio, debo aceptar profundamente reconocido la otra calificación, la de distinguido profesor en farmacia, no porque crea merecer, ni mucho menos, el epíteto de distinguido, sino por que tengo un cariño especial por este título. Con él adquirí algunos conocimientos científicos útiles; con él me elevé inmerecidamente hasta la cátedra, donde varias generaciones de estudiantes me han hecho el honor de escuchar mi palabra, y con él también, en los primeros, y oscuros años de mi modesta carrera, pude vivir con dignidad y con independencia, despachando recetas, pero adquiriendo, en los intervalos, la base de los conocimientos que hoy me permiten sostener un debate, aunque en condiciones desfavorables, con hombres tan ilustrados y tan talentosos como el señor diputado. (*¡Muy bien! en las bancas. Aplausos en la barra.*)

Bien, señor presidente: el señor diputado por Tucumán, tomando en cuenta algunas de las consideraciones formuladas en mi discurso, decía que mi presencia en esta cámara y la presencia de algunos otros señores diputados que forman, sin duda, una minoría parlamentaria, era la prueba más evidente de la falta de consistencia de mis argumentos.

Lamento que el señor diputado haya llevado la cuestión á este terreno, porque me obliga á ocuparme de mi persona, que nada significa en un debate de esta naturaleza; pero tengo necesidad de hacerlo, para demostrar que ni

aún en ese terreno el señor diputado ha tenido un ápice de razón ni ha presentado un solo concepto verdadero.

Mi elección, señor presidente, legal, sin duda, dentro de la legalidad que en nuestro país ha permitido la lista, no se hubiera ocurrido y no tendría yo el honor de discutir con el señor diputado, si una evolución política producida por circunstancias excepcionales no hubiera llevado al gobierno de la provincia de Buenos Aires al doctor don Bernardo de Irigoyen, con quien he mantenido y mantengo vinculaciones personales y políticas, muy honrosas para mí, desde el día en que se fundó el partido á que pertenezco. Y eso señor presidente, que no fui propiamente elegido por la condescendencia del gobernador Irigoyen, porque ese gobernador presenta esta rara característica: en cuatro años de gobierno no supo manejar los resortes oficiales para ganar una sola de las elecciones que le interesaban, puesto que en todo su período hubo una mayoría opositora en las cámaras legislativas. (*¡Muy bien!*)

En lo que respecta á la posible condescendencia del señor general Roca para mi elección, debo observarle al señor diputado, que aun cuando tengo por aquel ciudadano toda la consideración y todo el respeto que merece, y que en mí, lo que no sucede en todos, han aumentado cuando lo he visto descender de la presidencia.. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*), mis antecedentes y mi decoro no me hubieran permitido aceptar su influencia y su prestigio en beneficio de mis intereses políticos ó personales. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Lo que yo he dicho, señor presidente, lo que es un hecho que está en la conciencia de la honorable cámara y lo que el señor diputado no podrá levantar jamás, es que en nuestro país, con el sistema de la lista, la casi totalidad de los diputados resulta elegida por los partidos oficiales; ó cuando más un pequeño número viene á la cámara como el resultado de transacciones acuerdistas con esos mismos partidos. Es verdad que el señor ministro del interior nos señalaba una excepción: las elecciones realizadas en la capital de la república y en la provincia de Buenos Aires en el año 1893. Pero el señor ministro se olvidaba decir que esas elecciones fueron practicadas en un momento de reacción cívica, originada por dos estallidos revolucionarios, porque es ne-

cesario convenir también, en que la indolencia de nuestros gobiernos les lleva, frecuentemente, llega á no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena fuerte.

El señor diputado, siguiendo en su exposición, me favorecía con una augusta magnanimidad, dejando de lado lo que él llamaba los adornos retóricos de mis raciocinios, y á los cuales consideraba como las fruslerías que los españoles entregaban á los indios recién descubiertos—son sus propias palabras—para obtener de ellos el oro finísimo arrancado á las entrañas inocentes de la joven América. Es evidente que en este caso el oro purísimo que yo pretendía trocar con mis baratijas españolas, estaba en el discurso del señor diputado. De manera que el señor diputado me asignaba el papel antipático de un godo conquistador y negociante, y se reservaba para él, modesta y hábilmente, el de indio recién descubierto! (*Risas*).

Pero, señor presidente, en materia de adornos retóricos, yo reconozco en el señor diputado una superioridad indiscutible; y recuerdo todavía uno que, en su primer discurso, me llamó la atención por su originalidad, por su buen gusto y por su robusta estructura literaria. Era aquél en que nos presentaba á «la patria desmelenada bajo el gorro frigio», frase que hubiera hecho las delicias de algún augusto príncipe indígena, descendiente de Moctezuma ó de Tupac Amarú, que conservara el amor por las baratijas españolas y que hubiera empapado su espíritu en un odio invencible contra la república y contra el gorro frigio, leyendo algún escritor zuelo francés, partidario de las reivindicaciones orleanistas. (*Risas*).

Pero si el señor diputado tiene una inmensa superioridad en materia de adornos retóricos, la tiene mucho mayor todavía en materia de contradicciones.

Ha creído el señor diputado encontrar en mi discurso algunas contradicciones. Ya veremos más adelante en que consisten. Por lo pronto, me voy á permitir señalar ahora de paso y entre muchas, tres en que ha incurrido recientemente el señor diputado. En su primer discurso, nos dijo que esta reforma á la ley electoral le convenía extraordinariamente á los partidos opositores. En el segundo discurso, rectificó este juicio y nos decía que á quien le convenía era al partido gubernativo. Es toy esperando que, en el tercer discurso, nos diga que le conviene á todos,

y de esta manera el señor diputado se habrá hecho acreedor á la gratitud de la humanidad entera. (*Risas*) Segunda contradicción. El señor diputado me imputaba como un delito intelectual el de invocar la opinión en este asunto, y en nuestro país, de Rawson, de Sarmiento, de Mitre, de Avellaneda, de del Valle; y él en cambio se dedicaba á estudiar las opiniones y los entreviros de monsieur Gambetta, de Floquet y Boulanger. Por último, el señor diputado—la cámara lo recordará,—manifestó más de una vez que, al considerar este asunto, debíamos prescindir en absoluto de la legislación comparada; y ha empleado por lo menos un cuarto de hora, en estudiar las disposiciones de la constitución belga.

Veamos ahora en qué consiste la contradicción fundamental, en que me ha sorprendido el señor diputado.

Ha dicho el señor diputado que cuando yo sostenía la reforma constitucional, y abogaba al mismo tiempo por la estabilidad de las instituciones, incurría en una contradicción.

Pero, señor presidente, quien se ha puesto en contradicción con nociones científicas elementales, es el mismo señor diputado, que ha confundido la inestabilidad de las instituciones, con la reforma evolutiva y oportuna de las mismas.

¡El señor diputado ha podido confundir, señor presidente, la inestabilidad con la inalterabilidad de las instituciones, términos completamente distintos! Precisamente, para asegurar la estabilidad de las instituciones, es necesario proceder muchas veces á su reforma.

Las instituciones políticas no son un fin destinado á cristalización perpetua, que nos mantendría en un estancamiento y en un retraso deplorables; son, por el contrario, un instrumento que se fabrica para labrar el bienestar y el progreso de los pueblos; y ese instrumento debe modificarse, debe pulimentarse y debe adaptarse con arreglo á las necesidades políticas, que son siempre crecientes y variables.

Recorra el señor diputado la historia de los Estados Unidos, uno de los países de mayor estabilidad institucional, y verá que allí la constitución ha sido muchas veces enmendada, como dicen los yankees, y por procedimientos más rápidos, mas expeditivos y más sencillos que los que nosotros necesitamos poner en práctica.

Pero no es necesario recurrir á la historia de los Estados Unidos: basta con leer nuestra propia constitución. En ella se establece que puede y debe ser reformada, total ó parcialmente. ¿Cuándo, señor presidente? Cuando las circunstancias lo aconsejen y lo declare necesario el honorable congreso. De manera que según las doctrinas del señor diputado, nuestra constitución contiene en sus propias páginas los gérmenes de su inestabilidad.

Pero por si estas razones, un poco más concluyentes que las suyas, no le bastaran, me voy á permitir leerle unas cuantas palabras de uno de los más clásicos comentadores del derecho constitucional americano.

Dicen así: «Todo gobierno de los hombres es necesariamente imperfecto, porque es imposible prever todos los acontecimientos que exigirán modificaciones ni proveer de antemano á las necesidades futuras del pueblo. Un gobierno siempre inconstante en su marcha, está próximo á la anarquía, y por otra parte, todo gobierno que no haya provisto por alguna disposición facilitar los cambios que se hayan hecho necesarios, quedará estacionario, y tarde ó temprano se hará impropio á las necesidades nuevas del país. Dejenárase en despotismo, ó la fuerza de las cosas le arrojará en las revoluciones. Un gobierno sabio, y sobre todo un gobierno republicano, deberá pues proveer á los medios de modificar la constitución, según los tiempos y los acontecimientos á fin de tenerla al nivel de las circunstancias nuevas».

Me parece que el señor diputado no ha de considerar estas palabras con el mismo valor de los abalorios ó fruslerías de los españoles.

Por último, señor presidente, el señor diputado, en toda su exposición, no ha presentado sino un argumento nuevo. No sé si se ha dirigido á toda la cámara, ó si se ha dirigido solo á sus correligionarios políticos. Pero ha dicho que por una razón fundamental, la de que el señor presidente de la República ha pedido la sanción de esta ley, porque la considera necesaria, es justo y es un deber acompañarlo en ese sentido.

Sin duda alguna, es este el argumento más eficaz que en todas sus exposiciones ha presentado el señor diputado; pero en mi concepto, debió reservarlo para su uso particular, ó cuando más, para utilizarlo en antecámaras; no le en-

cuentro ubicación aceptable en las discusiones libres de un gobierno republicano, en donde se debaten intereses fundamentales para el porvenir de la república.

Con estas palabras dejo contestado el discurso del señor diputado por Tucumán, pidiendo perdón á la honorable cámara por haber molestado nuevamente su atención. (*Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Lucero**—Pido la palabra.

Señor presidente: veo que siempre será necesario volver á la retórica. Volveré con la mayor brevedad, al sólo objeto de manifestar una vez más á la honorable cámara que los argumentos fundamentales del despacho de la comisión se han presentado en el lenguaje sencillo que nos corresponde, como á hombres iguales en deberes, en derechos y en buena educación, sin la pretensión, que sería descortés, de imponer nuestra opinión á los demás.

En cuanto á algunas frases de la réplica que he pronunciado en la sesión anterior y que han molestado excesivamente al señor diputado Mujica, tendría muchas salvedades que hacer; pero me concretaré únicamente á aquellas que caractericen, de una vez por todas, mi firme resolución de no ocupar la importante atención de la cámara con cuestiones de menor interés que la que se discute.

Es posible que el oro virgen, el oro no trabajado, sea el de mis ideas. Por lo menos, yo tengo una absoluta convicción de que mis razones son buenas y suficientes. En nombre de mis convicciones, aceptaría la alusión del señor diputado de que son de oro: no de un oro labrado, con arabescos churriguerescos; pero sí el oro puro de una convicción sincera y limpia, que la presente, tal como nace, á la honorable cámara. (*Muy bien! muy bien!*) Lo que es seguro, señor presidente, es que no me gustan los avalorios españoles.

En cuanto á «la libertad desmelenada bajo el gorro frigio», es la efígie de nuestra moneda. Deploro que esa bonita figura no sea del gusto del señor diputado.

Pasando, entonces, á las contradicciones que se ha complacido en encontrar en el informe de la comisión y en la réplica, yo no sé qué sutil espíritu engañoso ha podido hacer creer al señor diputado Mugica que hay una contradicción cuando yo digo que la reforma electoral conviene á los partidos opo-

Julio 12 de 1905

CÁMARA DE DIPUTADOS

11.ª sesión ordinaria

sitores, y cuando he agregado, ayer, que la reforma electoral conviene al país gobernante.

Está esperando con ansiedad, parece, que le diga que conviene á todos. ¡Pero ciertamente, señor!

Dentro del silogismo, que es la forma escolástica preferida por el señor diputado, yo sería perfectamente lógico, diciendo, como digo, que la reforma electoral conviene al partido gobernante, conviene á los partidos opositores, de modo que conviene también á todos los partidos, según mi leal manera de entender.

La segunda contradicción, de que ateniéndonos á las enseñanzas de la política experimental, eminentemente variable, no podemos ajustar nuestra conducta presente á un pensamiento pasado, en frente de los hechos y de las necesidades del momento, no significa una contradicción; cuando se menciona la opinión de Gambetta ó de Floquet, los comentarios y las correlaciones de la constitución belga y de las leyes electorales, no significa una contradicción lo sostengo, porque esas menciones tenían el valor de un desarrollo histórico expuesto como una prueba de los asertos que presentaba á la honorable cámara.

Pero de ninguna manera he querido recurrir á la legislación comparada para fundar la sanción de una ley, desde que la legislación comparada no se aplica sino á la interpretación de la ley, ó á su preparación misma; pero no á la deliberación de la cámara. La cámara, cuerpo político, se decide siempre por razones que no son extranjeras, sino nacionales, que no son ajenas, sino propias.

Es así como, de mi parte, no se repite la contradicción en que ha incurrido el señor diputado Mugica, cuando ha querido que nosotros, en estos asuntos, nos atengamos á razones ajenas y á razones extranjeras; que también acaba de citar recién á propósito de la reforma de la constitución, que, según entiendo no está en debate; de manera que no tengo por qué contestarlas.

En fin, una última contradicción le ha parecido al señor diputado Mugica que existe entre lo que yo entiendo por inestabilidad política y por reforma de la constitución, suponiendo que la inestabilidad política es cosa distinta de la alterabilidad política. Yo creo que la inestabilidad ó alterabilidad es lo mismo, y que no hay lugar á prolongar una discusión sobre excepciones gramaticales,

sobre todo á propósito de la reforma de la constitución que, lo digo otra vez, no es el punto en discusión.

En fin, respecto á la razón vergonzante, que solamente en antecámara he podido manifestar, á saber, que esta cuestión electoral es una cuestión política, porque es una cuestión de solidaridad con el presidente de la República cuya candidatura hemos sostenido; porque significa la realización de un pensamiento de gobierno que el presidente de la República ha manifestado en todos sus actos, ha proclamado en todos sus manifiestos de candidato y en todas sus declaraciones de gobernante; yo no sé señor, qué tendrá de vergonzante esta manifestación de consecuencia con las propias opiniones. Yo no sé por qué esta manifestación no deba hacerse ante toda la cámara y ante el país; al contrario entiendo que redundaría en un elogio de los que saben ser consecuentes y solidarizarse con sus opiniones anteriores.

Ya no tengo nada más que contestar al discurso alterado del señor diputado, si no son estas declaraciones que reitero á la honorable cámara, siempre con el objeto de darle plena seguridad sobre la lealtad y corrección de mis informaciones. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

**Sr. Carlés**—Pido la palabra.

Después de este elegante—apesar de ellos,— como acaban de confesarlo — y precioso juego de esgrima intelectual, no rehusará la honorable cámara un cuarto de hora de descanso cual me propongo proporcionarle con la tranquilidad de mis razones puramente personales. Jamás, señores diputados, en cuestión tan trascendental, he poseído sentimientos más ecuanímenes, ideas más arraigadas, libres de todo prejuicio que pudieran menoscabarlas, como estas que motivan el fundamento de mi voto contrario al despacho presentado por la mayoría de la comisión.

Y ya que en esta cámara se han formulado credos literarios, quiero volver por el respeto de mi raza, confesando que me gusta un día con sol, un jardín con flores, una estatua de líneas puras, una combinación de colores en un artístico cuadro y una linda sonrisa en linda mujer. (*¡Muy bien!*)

Señor presidente: un gobierno al que no me vincula ningún atractivo partidista y del que sólo tengo la impresión respetuosa que el país le tributa, se declara autor del proyecto que discutimos. Tras

de los propósitos que lo informan, por la propia declaración de sus sostenedores, no aparece ningún partido que con él se solidarice, ninguna cuestión institucional que lo exija, ni clamor público que lo imponga. Es un capítulo de gobierno de orden y de administración cuya mente corresponde estudiarse en sus relaciones con el bienestar, con la libertad y con el progreso del país.

Así, creo dejar desviada y en su verdadero sitio colocada la fórmula en que hasta ahora ha sido discutido este proyecto, para tratarlo más humanamente.

Pero, antes de entrar en el estudio que me propongo hacer, séame permitido relatar un raro episodio de esta cuestión y simplificar los conceptos, peroralizándolos simpáticamente. Cada vez que algún asunto que pudo comprometer el cabal desenvolvimiento de nuestro país ha llamado á las puertas del congreso, de las asambleas, de las convenciones, de las juntas ó de los pactos, todos sus miembros se han congregado en un solo propósito, han aunado sus voluntades al parecer antagónicas, para satisfacer los anhelos del país y darle lo que él demandaba.

Quiero honrar mi peroración arrancándola de aquel abrazo el cual interrumpió la monotonía de tres siglos y unió á los próceres en el célebre día del 25 de Mayo, para que esos próceres pudieran prestar juramento en el primer gobierno patrio de la naciente nacionalidad. Viene después la lucha cruenta, los hombres de tierra adentro reclamaron participar del gobierno, y todos se confabularon en estrecho consorcio con el empeño de organizar é instalar la célebre asamblea constituyente del año 13, la cual declara la soberanía que á todos amparó.

De ahí nacieron las tentativas unitarias y federales, que á pesar de las nobles inquietudes que agitaban los ánimos de la época, hacían ellos tregua, refrenando sus pasiones, cada vez que era necesario que el centralista ó el caudillo, que el organizador ó el disolvente, que el demócrata ó el oligárquico pactaran paz á fin de consagrar la legalidad del régimen político de la nación, lo que se mostraba en el ensayo constitucional del año 15, en la proclamación del 9 de julio, en la salvación del congreso de Tucumán, en el auspicio al gobierno de Pueyrredón, en la derrota de las tendencias aristocráticas de la constitución del año 19, en los pactos so-

bre los respetos interprovinciales, en la constitución del año 52, en el reconocimiento de la presidencia Mitre. Nacionalistas y autonomistas, provincianos y porteños, mitristas y alsinistas, olvidan sus querellas, sus enconos y fastidios para reorganizar las administraciones Sarmiento y Avellaneda, para capitalizar á Buenos Aires y para que todos, sin prevenciones regionales, pudiéramos encontrarnos donde nos sentamos en este momento. (*¡Muy bien!*)

Es que siempre, por idéntico motivo, cada vez que el país ha pedido expansiones institucionales, todas las personalidades descollantes han suprimido las disidencias que los separaban, para dar á la sociedad lo que la sociedad les pedía. Así es como en 1903, roquistas, irigoyenistas, mitristas y pellegrinistas, conciliábamos nuestras aspiraciones para dar el triunfo á la legalidad del sufragio bajo la garantía del escrutinio uninominal. Algo más: el entonces diputado, que se sentaba con tanta honra como cualquiera de nosotros en este recinto, y hoy presidente de la República, pudo contemplar el espectáculo que ofrecía esta cámara, que volviendo por los respetos legendarios de los partidos políticos argentinos, se unía para sancionar en el escrutinio uninominal esa legalidad, tal como nosotros la juzgamos, del voto en nuestro país. Hoy mismo, desde su alta investidura, el señor presidente de la nación, puede contemplar de nuevo á mitristas, roquistas, irigoyenistas y pellegrinistas unidos para sostener y defender la legalidad de lo que creemos nosotros ser el sufragio en la República Argentina! (*Aplausos en las bancas y en la barra.*)

Se ha dicho que la reforma se funda en razones de principios, en razones de necesidad. Y aquí tengo, con permiso de la honorable cámara, que hacer dialéctica, con la cual no se aviene mi temperamento, pero, con la que tendré que ajustarme para aclarar las conclusiones á que quiero llegar.

En esta materia, cada vez que es necesario explicar una cuestión parlamentaria, suelen los diestros discutidores seguir tres métodos. Primero: establecer como criterio político un principio absoluto, y como tal inflexible, desechando toda otra consideración que no sea constituida por este principio *a priori*. Segundo: desechar como absurdo todo criterio que se funde en principios, para abandonarse á la inestabilidad ca-

prichosa de los intereses transitorios de de los partidos. Tercero: tomar como fundamento de raciocinio, un principio absoluto, adaptándolo á las modalidades propias de los sucesos históricos, formándose así con la unidad del principio y el desarrollo de los sucesos, el criterio político. (*¡Muy bien!*)

El error de los absolutistas no consiste en que sus principios no deban ser respetados, puesto que sin ellos desaparecería el fundamento del estado, sino en aceptarlos inflexiblemente, como si no se sujetaran en su realización á las transformaciones inherentes á todo progreso humano. Ese es el error de los que defienden que el sistema retrógrado de la lista, principio absoluto, imperativamente fué impuesto en la constitución; sin considerar que la constitución, obra de progreso, no debía encadenar el porvenir al pasado. Así pensaron los constituyentes cuando en la exposición de motivos dijeron que «Las instituciones no son sino las fórmulas de las costumbres públicas, de los antecedentes, de las necesidades, carácter de los pueblos y expresión genuina de su verdadero ser político. Para ser buenas y aceptadas, deben ser vaciadas en el molde de los pueblos para que se dicten. Si los principios y las teorías bastasen para el acierto, no lamentaríamos las desgracias de que hemos sido víctimas hasta hoy. Queriendo ensayar cuanto hemos leído y buscando la libertad constitucional en libros ó modelos y no en el estado de nuestros pueblos y nuestra propia historia, hemos desacreditado esos mismos principios, con su inoportuna y hasta ridícula aplicación; porque aun el mérito y la virtud se desacreditan, desde que sean proclamados con exageración ó inoportunidad. Quizá de esta causa, más que de otra, parte la ruina de nuestros malogrados ensayos. La experiencia, por lo común, no está de acuerdo con las verdades especulativas.»

El error de los que desechan los principios como vanos, no consiste en que cada gobierno nuevo no sea hasta cierto punto distinto á todos los anteriores, aplicándosele, por consiguiente, las medidas que mejor cuadren á su política, sino en que no aceptan un criterio común, que fundado en el bienestar de la sociedad, no siempre condice con los intereses de los incipientes partidos gobernantes. Es el otro error de los que sostienen la lista, porque este sistema electoral es

el que mejor satisface á los intereses conservadores del partido preponderante, sin preocuparse de la moralidad que ese concepto entraña.

También los constituyentes en la misma exposición de motivos condenaron ese error con estas textuales palabras.

«Lisonjear á los pueblos, como á los gobiernos, en vez de ilustrarlos en la marcha que deben seguir, antes que *servicio*, es una *traición*; porque sólo se les puede lisonjear con el objeto de seducirlos para corromperlos. También se les lisonjea prestándoles obediencia en algunos casos, para oprimirlos en otros, ó hacerlos servir de instrumentos á intereses y pasiones personales.»

De donde se deduce que sólo el tercer método es el atinado, por ser el verdadero; porque combina el principio fundamental de la pluralidad del sufragio con el sistema de la representación de todas las tendencias, intereses y partidos respetables de la sociedad.

Así opinaron aquellos beneméritos constituyentes que á la sabiduría de sus ideas unieron la experiencia eficaz de los hechos, como lo demuestran sus propias palabras expresadas en el documento premencionado.

«La ciencia del legislador no está en saber los principios del derecho constitucional y aplicarlos sin más examen que el de su verdad teórica; sino en combinar esos mismos principios con la naturaleza y peculiaridades del país en que se han de aplicar; con las circunstancias en que éste se halle; con los antecedentes y acontecimientos sobre que se deba y pueda calcular; está en saberse guardar de las teorías desmentidas por los *hechos*, ya sea por la falsedad de ellas, ó su mala aplicación. Está, también, en conocer todos los elementos materiales y morales que encierra la sociedad sobre que va á legislar. Está, finalmente, en saber juzgar y combinar todas las pretensiones é intereses discordantes de los pueblos que constituyen dicha sociedad».

Por la propia manifestación de los reformistas, el regreso á la lista constituye el pensamiento primordial para la realización del programa propuesto al país por su actual presidente. Siendo un medio que el gobierno propone para cumplir su fin trascendental, ese fin no puede ser otro que el bienestar de los habitantes, la libertad política de los ciudadanos, el progreso general del es-



tado, fórmula sintética de toda cultura institucional.

Pues todo ello satisface el actual sistema, demostrado por los hechos, por la propia y extraña historia, sin que hasta el presente se haya podido seriamente afirmar lo contrario.

Es por esta razón que, tratándose de un gobierno ilustrado, como cumpla en reconocer, mi extrañeza fué grande cuando propuso la derogación del sistema electoral culto, para restablecer el otro sistema cuya triste experiencia me autoriza á calificarlo de ínicuo.

El gobierno debe saber, porque está al alcance de todos esta idea, que el bienestar de los habitantes se promueve cuando los intereses materiales y morales de la sociedad están perfectamente garantidos, no sólo en las leyes que se dictan, sino también en los magistrados que las discuten. Nadie ha negado que el representante por distrito está más en contacto con el elector y el sitio que lo elige. Sería un despropósito refutar, que el que está más inmediatamente cerca del pueblo sabe menos de sus necesidades, de sus anhelos y de sus intereses, que aquél que se encuentra distante de él.

Yo, por ejemplo, palpito ahora con más cordialidad y entusiasmo el alma popular que hace tres años cuando mis buenos comprovincianos tuvieron la feliz condescendencia de tolerar mi nombre en una lista de candidatos que sirvieron de escudo para defender mi modestia. (*Risas*). ¿Cómo es, entonces, que un gobierno que sabe todas estas cosas expone al país á perderlas? ¿Por qué la constitución lo manda? No, no es exacto. La constitución fué dictada por y para el bienestar de la sociedad; antes que la constitución subsistió la sociedad argentina, cuyos ideales de cultura no pueden entorpecerse por distinguos más ó menos partidistas.

Vayan á decir al campesino que siembra y cosecha el cereal, que cuida y selecciona sus ganados, vayan á decirle que el peso conquistado entre ansias de sol, de lluvias, de esfuerzos, de intemperies y de ahorros, vayan á decirle que de interpretaciones constitucionales más ó menos hermenéuticas, depende las mayores ó efímeras garantías del rendimiento afanoso de su trabajo.

Es que ese hombre pedirá su bienestar y lo pedirá al que tiene más cerca á su diputado que él, unidad entre cien, contribuyó á elegirlo, para representarse y defenderse.

Se ha dicho que se expone al país, á que ese campesino consiga hacerse elegir diputado. ¿Y qué? Si, vendrá y hablará menos y mal, pero hará más y mejor, (*Muy bien! Aplausos en la barra.*) por la felicidad de todos; vendrá sin figurar en las agrupaciones políticas con etiquetas brillantes, porque para fundamento de la dignidad nacional, figurará en el partido más noble: en la falange de los trabajadores, que son los únicos que poseen el secreto eficaz de las prosperidades sociales; no vendrá con atavismos retóricos, recitando ideas ajenas, porque le bastará su pensamiento para decidir y su energía para proceder, poniendo en todos sus actos generosidad, bondad y justicia.

Esta es la pura verdad y me complazco en proclamarla, porque entre la vanidad personal que nos encapricha en el error y el bien público, regalemos á los zonzos aquel moño que enloquece á las mujeres. (*Risas*)

Se invoca la necesidad. . . .

Es la necesidad económica, financiera, constitucional, moral, religiosa; peligra la riqueza pública, la estabilidad impositiva, la obediencia al gobierno, la conciencia popular, el clamor de los sentimientos místicos, la integridad territorial, la unión de los pueblos; es necesario consultar plebiscitariamente la opinión del estado para resolver algún problema vital de su existencia; en una palabra, la agitación de las ideas, la conmoción de los ánimos, la revolución conspira en demanda de esta reforma tan trascendental?

No!—es una necesidad política! ¿Acaso está comprometida esa política que, fundada en el bienestar de todos, en la libertad y en la seguridad de los derechos sociales, es necesario preservarla de algún gran peligro, de alguna terrible calamidad que aconteciera con el ejercicio del sistema electoral vigente?

Yo comprendo, señor presidente, que el Austria restrinja los derechos individuales de los húngaros, porque está de por medio la unidad de la nación; comprendo que la Prusia conmueva á todos los estados del antiguo sacro imperio, porque es necesario dar hegemonía á esos pueblos; comprendo que la Italia, de la que se suponía haberse escrito la última página de su historia, volviera sobre sus precedentes, porque estaba de por medio su misión trascendental; comprendo que la Francia transite tornadizamente entre la opresión y la libertad,

entre el sistema de la lista y el sistema uninominal, porque es la característica de aquel pueblo, porque sus hombres tienen distintas políticas y porque lo que ayer era bueno, mañana será regular, y porque es un pueblo esencialmente republicano con todos los prestigios y todas las ventajas de los pueblos monárquicos; y el hombre republicano tiene que defenderse del monárquico, y éste tiene, á su vez, necesidad de buscar todos los medios para triunfar; comprendo que los Estados Unidos, viendo su misión trascendental de pueblo de porvenir, procuren imperializar sus costumbres para realizar esa misión.

¡Qué injustos seríamos con la providencia si pretendiéramos suponer que ese estado anodino trastorna el presente de nuestra sociedad, de esta sociedad que acaba de asombrar al mundo económico con la enorme producción de su trabajo, al amparo de la paz, del orden, de la estabilidad de las instituciones, del respeto á los poderes públicos de la nación! (*Muy bien!*)

No; el señor presidente de la República no puede, en su mente ilustrada, desear un partido gubernista, de suyo complaciente, sin esqueleto que lo yerga, sin nervio que lo mueva, sin reservas dignas que lo alejen de él, cuando él se aleje de la voluntad nacional.

Felizmente, para apreciar mis palabras, en esta misma cámara se sientan numerosos diputados de ayer, cuando realmente con fastidios sinceros, con querellas fundadas, con voluntad firme, que creíamos razonables, nos batíamos delante de un gobierno á quien seguíamos paso á paso, á fin de presentarlo ante el país—justo es confesarlo—en condiciones muy desfavorables. (*Muy bien! Muy bien!*). Y lo digo, señores diputados, porque siempre es necesario hablar con sinceridad, para obtener las consecuencias precisas de la buena fe á que deben aspirar los hombres que hablan. (*Muy bien!*)

¿Dónde está esa oposición de que nos hablaba el señor miembro informante de la mayoría de la comisión ó las supuestas coaliciones contrarias al gobierno de la nación? No es exacto, señores diputados. Puedo yo, por haber intervenido personalmente en conversaciones que he tenido con el señor presidente de la República, manifestar que esas coaliciones, en contra del señor presidente de la República, no son sino creaciones fantásticas de sus ad-lateres para

darse el placer de derrotarlas. (*Muy bien!*)

Un gobierno así constituido se funda en un poder que es una conspiración permanente; conspira para defenderse de los que lo atacan, de los que traman su derrocamiento, en cuyo caso debe emplear todos los recursos, todas las armas legítimas ó ilegítimas para defenderse; gobierno que cuando exajera los medios de defensa, aparece amargado con el reproche de defraudador de los derechos del pueblo, con esto más de ridículo: que si después de haber apelado á la fuerza, ese gobierno sucumbe, cobra fama de estúpido.

La opinión, ante gobiernos así constituidos, fluctúa entre las teorías más extremas. Unas veces admira las máximas antisociales que violentos escritores esparcen,—desdeñando las verdades que fundan el orden constitucional,—otras cae postrado por el desaliento más atrofiante del que se levanta cuando algún suceso sangriento entristece la cultura nacional.

Ese desaliento causa el indiferentismo electoral, y éste el baldón de las unanimidades, las miserias del incondicionalismo, las banderías revolucionarias, los partidos desesperados, las conmociones violentas, el dicerio implacable, el desprecio y el furor, ensordecidos por el tropel de los exitistas, rumbo al que manda! (*Muy bien!*)

Un gobierno conspirador, una opinión sin rumbos, forman los partidos protestantes, cuya política es la negación de todo, empezando por la abstención electoral y concluyendo por la revolución, la suprema negación sangrienta de los respetos sociales.

Estos sistemas políticos así engendrados por un derecho restringido degeneran en instintos malsanos: el instinto de conservación que guía la mente del gobierno constantemente atacado y el instinto de destrucción aliado de los partidos, que todo lo ven propicio cuando vislumbran la posibilidad de destruir oligarquías.

No, señores diputados; no quiero para mi país esta situación de los ánimos, porque, lo confieso con egoísmo, no quiero verme mezclado, teniendo que combatir á hombres á quienes me he acostumbrado á respetar y dando razones que quizás significaran el desprecio ó el desdén hacia aquellos gobernantes que, teniendo que usar de la fuerza, han caído en el mayor de los

ridículos, cuando á pesar de la fuerza han sido derrotados.

Es necesario recordar que el diagrama de nuestra historia marca que allí donde la línea del sufrimiento nacional llega á las alturas en que la tolerancia no puede subsistir, aparece la revolución, esa pica que nuestro pueblo emplea para castigar desmanes y prevenir despotismos; y yo desde aquí, desde mi banca, digo al señor presidente de la República, que nuestro pueblo tiene días de sol y días de tormenta, y que los unos y los otros se suceden con ritmo regular, cuando es impulsado por mano correcta, y con ritmo fatalmente desequilibrado cuando lo impulsan los mantonotes imprevisores de las facciones ensoberbecidas! Nada más. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

**Sr. O'Farrell**—Pido la palabra.

Muy poco nuevo, señor presidente, se puede decir, después de la larguísima discusión producida sobre esta misma materia tanto en el año 1902 como en las sesiones actuales; pero me considero obligado á fundar mi voto, aunque sea brevemente, porque sino, en mi concepto, aparecería como renegando de mi propia cuna. Soy un diputado hijo de la ley de las circunscripciones. Si no fuera por esa ley, no tendría el honor de ocupar un asiento en esta cámara.

Los fundamentos que se han dado en contra de la ley de circunscripciones, son de orden constitucional y de orden puramente político. Se ha dicho que no cabe este proyecto dentro de los términos de la constitución argentina; y se ha dicho también que es necesario modificar la ley y volver al sistema de la lista, para dar lugar á que se formen grandes partidos políticos y que no se disuelva su acción en intereses personales.

Prometo á la cámara no entrar en una disertación constitucional ni política; voy simplemente á presentarle algunas consideraciones y algunos hechos para demostrar que justamente el sistema de lista es el que ha producido en la República Argentina el derrumbamiento de todos los partidos políticos y el fracaso de todos los gobiernos, y que recién es con el sistema de las circunscripciones que parecía renacer el país á la vida cívica.

Me parece inútil, señor presidente, después de la brillante exposición que ha hecho el señor diputado Carlés, volver á tratar las razones de la constitucionalidad del sistema de las circunscrip-

ciones. Cuando todos nuestros grandes constitucionalistas, que han sido citados hasta el cansancio en esta cámara, se han pronunciado en favor del sistema de las circunscripciones, podemos decir que la constitución ha sido interpretada con el más alto criterio que pudiéramos buscar al respecto; por el criterio político, que es el mejor que se puede buscar para interpretar la constitución en cuestiones de orden eminentemente político. Cuando se trata de interpretar la constitución bajo el punto de vista de sus principios de orden puramente jurídico, su gran intérprete es la Suprema corte de justicia nacional, pero cuando se trata de saber cuál es el espíritu de la constitución en las cuestiones políticas, yo sostengo que no hay interpretación más eficaz que la de los hombres políticos que hacen la vida de la nación, que conocen sus necesidades y que están mejor preparados para aplicar las instituciones á las necesidades reales del país; porque debemos tener presente que no es exacto que la constitución sea un almacén de hierro dentro del cual tenga que vivir el país, sino que es la vestidura grandiosa que se ha dado el mismo país, para dentro de ella desarrollar sus fuerzas, y sus energías, cumpliendo la ley del progreso, que es la ley de todas las naciones civilizadas.

He dicho, señor presidente, que el sistema de lista ha sido un sistema fatal para la vida política en la República Argentina, y me voy á permitir presentar á la honorable cámara, en prueba de mi aserto un breve resumen de los hechos políticos ocurridos durante la última época de nuestra vida constitucional.

Tomemos, por ejemplo, la situación política del país en el año 1884.

Si se leen los nombres de los diputados que constituían la cámara en esa época, encontramos que todos, absolutamente todos, eran miembros del partido nacional; reinaba en la cámara lo que se llamaba entonces la unanimidad; no había un opositor ni para remedio; todos, absolutamente todos los diputados de esa época, eran partidarios de la situación imperante en la república.

Esto sucedía en el año 1884.

Excuso decir, porque es notorio, que aquellos señores diputados, y que aquella situación procedían del sistema de lista.

Viene la elección de 1886. Tomo únicamente los datos referentes á capital de la República y á la provincia de

Buenos Aires, primero, porque sería muy largo estudiar la evolución política en todos los estados argentinos, y segundo, porque no tengo el conocimiento personal suficiente de todos los modalidades políticas y de los personajes que han actuado en cada estado, fuera de los que he nombrado, para poder apreciarlos con un criterio justo; y deseo ser absolutamente veraz en mi exposición.

Llega el año 1886, en que ya se había pronunciado la fuerza política oficial del país en favor de la candidatura del doctor Juárez Celman y se había alzado, en su contraposición, en Buenos Aires, la candidatura del doctor Rocha que era en ese tiempo dueño de la situación política de aquella provincia.

Sobreviene por esa circunstancia una pequeña disgregación y en la capital de la República se elige una lista de diputados pertenecientes íntegramente al partido autonomista nacional, pero en la provincia de Buenos Aires se produce un acuerdo con el partido que estaba en el gobierno, es decir, con el partido del doctor Rocha, y entran entonces muchas personalidades que habían estado abiertamente en contra de la candidatura del doctor Juárez, formándose una lista en que aparecen los nombres de Estrada, Pedro Goyena, Carballido, Portela, junto con Santiago Luro, Mansilla y otros distinguidos diputados que representaban á la fuerza política reinante en aquel estado.

¿Cómo vino Pedro Goyena, cómo vino Estrada, cómo vino Carballido, á ocupar un asiento en esta cámara? Porque fueron admitidos en la lista del partido oficial que tenía mayores fuerzas electorales en la provincia de Buenos Aires, como resultado de una coalición de fuerzas en contra del resto del partido nacional, que estaba imperante en el resto de la República. Si no hubiera sido aquella circunstancia, el parlamento argentino se habría privado del grandísimo honor, de la verdadera gloria de ver pasar por aquí hombres del talento de Pedro Goyena y del más elocuente de los diputados que han figurado en este recinto: José Manuel Estrada! (*Aplausos*).

Se produce la elección siguiente, del año 1888. Aquella pequeña efervescencia que había traído la interrupción de la unanimidad en el parlamento, aquella pequeña división, ó gran división, si los señores diputados así lo quieren, que se había producido en el partido auto-

nista nacional, reinante en toda la República, ocasionada por su bifurcación entre las candidaturas de Juárez Celman y de Rocha, desaparece; la capital elige su lista íntegra perteneciente á aquel partido; la provincia de Buenos Aires elige su lista, íntegra también, del mismo partido; vuelve á reproducirse en el seno de la cámara la unanimidad, salvo aquellos pocos diputados que habían entrado en 1886 en la lista que llamaré, para mayor claridad, del doctor Rocha, gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Y llegamos por fin, señor, al año 1890. Ya son hechos que se acercan á nosotros, todos los conocemos: la capital elige íntegramente, otra vez, la lista perteneciente el partido autonomista nacional, y la provincia de Buenos Aires, íntegramente también, la lista perteneciente al mismo partido. Parecería, de acuerdo con las teorías que se han sostenido por la mayoría de la comisión, que se había llegado al desideratum, si es que los gobiernos son los que deben triunfar; se había producido la unanimidad de la cámara de diputados por medio de este vehículo de la lista, que no había admitido en su seno una sola aspiración contraria! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

**Sr. Castro**—¡Era por la abstención activa permanente de ustedes, que se producían esos hechos! (*Risas y aplausos*.) ¡Si hubiesen sido capaces de luchar, el partido nacional habría tenido un partido al frente, dispuesto á triunfar! ¡Porque eso es lo que deben hacer: disputar palmo á palmo el poder al partido gobernante! (*¡Muy bien! Grandes aplausos*.)

**Sr. Romero** (*Abandonando su asiento y dirigiéndose hacia el señor diputado Castro*.)—¡El señor diputado olvida que se luchó con las armas en la mano!

**Sr. Castro**—¿Con qué armas?

**Sr. Romero**—¡Con las armas en la mano! ¡El año 90! ¡Era el único medio de luchar!... (*Los aplausos y la campanilla eléctrica que el señor presidente toca para imponer silencio, impiden oír más*.)

—Restablecido un momento el silencio, dice el

**Sr. O'Farrell**—Le diré al señor diputado que durante los años 1889 á 1893, el diputado que habla pronunció más de cien discursos políticos, en la pro-

vincia de Buenos Aires y en la capital de la República, preparando los movimientos revolucionarios de 1890 y de 1893, como único medio de sacudir la ignominia nacional que se había producido! (*Grandes aplausos en las bancas y en la barra.*)

—En este momento se entablan animados y rapidísimos diálogos entre diversos grupos de diputados, que no es posible reproducir porque todos hablan á la vez, al mismo tiempo que el señor presidente hace sonar la campanilla eléctrica para imponer silencio.

**Sr. Castro**—(*Dirigiéndose al señor diputado O'Farrell*) ¡No se jacte el señor diputado! ¡No fué obra de ningún partido! ¡Fué el país entero quien volteó á Juárez! ¡Y esta cámara fué la verdadera revolucionaria, la que hizo la revolución! (*Grandes aplausos.*) ¡Yo mismo fui revolucionario! ¡Yo tuve aquí en mis manos la solicitud en que se pedía la renuncia de Juárez! (*Nuevos aplausos.*)

—Agitación en todas las bancas. Varios señores diputados hablan á la vez.

**Sr. Presidente**—¡Ruego á los señores diputados que no interrumpan!

**Sr. Romero**—¡El pueblo estaba representado por una unanimidad! (*Aplausos.*)

**Sr. Castro**—¡Fué el congreso el verdadero revolucionario! ¡Fué el congreso quien deshizo la unanimidad! (*Aplausos repetidos. Manifestaciones diversas en las bancas.*)

**Sr. Presidente**—¡Ruego á los señores diputados que no hablen todos á la vez!

**Sr. Varela Ortiz**—¡Sí!... ¡Nadie fué responsable de aquél gobierno que cayó el 90!... ¡Nadie sino Juárez!... ¡Aquel gobierno no tuvo nunca un amigo!... Entre tanto... ¡todos sabemos que eran muy pocos los adversarios que tenía en esta cámara media hora antes de su caída!... (*Muy bien! Muy bien! Grandes aplausos.*)

—Continúan por un momento los diálogos y la agitación en la misma forma, mientras suena la campanilla eléctrica.

—Restablecido el silencio, continúa el

**Sr. O'Farrell**—Yo creo, señor presidente, con la más sincera buena fe, que el gran culpable de aquel resultado fué el sistema de lista. Yo creo que si hubieran estado aquí, en el seno de esta cámara, hombres como Leandro Alem, José Manuel Estrada, Vicente Fidel López y otros hombres eminentes, que formaban en las filas de la revolución, sirviendo de válvula de escape á las aspiraciones del pueblo, en lugar de verse obligados á encerrarse en los comités revolucionarios, no se hubiera producido aquel hecho. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos en la barra.*)

**Un señor diputado**—Si hubieran estado hombres como Leandro Alem, que valía por todos ellos, no habría ocurrido eso.

**Sr. Yofre**—Bajo el imperio de la ley de lista vinieron á esta cámara!

**Sr. Vedia**—¡Vinieron por la transacción que está estudiando el señor diputado!

**Sr. Yofre**—¡Por la ley de lista!

**Sr. Vedia**—¡Por la transacción! Y por otra parte, recordará el señor diputado O'Farrell que fué después del 90 que Leandro Alem vino á sentarse en estas bancas y á declarar que la elección uninominal era el sistema que debía establecerse!

Esta declaración consta en las actas del congreso. (*Muy bien! Muy bien!*)

**Sr. O'Farrell**—¡Me declaro profundamente asombrado del efecto que ha producido esta exposición! Yo no me lo soñaba! (*Muy bien!*)

**Sr. Vedia**—Felicítase el señor diputado; que éste es un debate efecto de la elección uninominal.

—Se suscita un animado diálogo entre los señores diputados Uriburu (F.), Iriondo y Varela Ortiz y otros, siendo imposible reproducirlo porque todos hablan á la vez mientras suena la campanilla eléctrica.

**Sr. O'Farrell**—Deseo saber de la presidencia si puedo continuar con el uso de la palabra.

**Sr. Presidente**—Puede continuar.

**Sr. O'Farrell**—Pasaremos, señor presidente, como sobre ascuas, por encima de los sucesos del 90, aunque yo creo que ese año es el más fecundo en enseñanzas para esta discusión.

**Sr. Luro**—¡Analícelas, señor diputado!

**Sr. O'Farrell**—Yo creo que es el año más fecundo en enseñanzas que demuestran las ventajas de este sistema de circunscripciones. Porque, ¿qué fué lo que produjo esos males inmensos? Yo lo atribuyo al sistema de la lista. Sólo el sistema de lista pudo producir la unanimidad. Por eso valdría la pena detenernos un momento en este punto para exhibirlo como una lección ante el país y tratar de prever que no se reproduzca semejante situación.

Pero sigamos hasta la elección de 1892... Si quisiera hacer un discurso dedías sobre el año 90 ó sobre la situación política interesantísima en la historia del país, que se desarrolla entre los años 1890 y 1894, creo que produciría hondo efecto, porque traería un capítulo de historia contemporánea de grandísimas enseñanzas, sobre todo para esta materia; pero como no quiero ocupar por largo tiempo la atención de la honorable cámara, me limito á establecer los jalones necesarios para fijar las consecuencias á la conclusión de mi exposición.

Analícemos las elecciones de 1892. Ejercía la presidencia de la República el eminente ciudadano doctor Pellegrini, cumpliendo el período que había dejado vacante el doctor Juárez.

En la provincia de Buenos Aires continuaba reinando el partido autonomista nacional. Es sabido que en esa época se produjo la dislocación del partido de la unión cívica.

Parte de ella siguió las ideas del general Mitre, que probablemente —no probablemente— seguramente, creyó necesario detener el avance del espíritu revolucionario, que si es bueno en momentos supremos, es inaceptable como sistema permanente de gobierno.

Aquel gran ciudadano detuvo á sus amigos políticos y los encarriló hacia un sistema de orden y de tranquilidad para el país; y entonces se produjo la división del partido de la unión cívica en lo que se ha llamado la unión cívica nacional, que seguía las inspiraciones del general Mitre y la unión cívica radical acaudillada por el doctor Alem.

Es público y notorio también que el espíritu revolucionario se había extendido por todo el país. No estoy haciendo aseveraciones mías; consta en el mensaje del presidente de la República, doctor Pellegrini, en que daba cuenta á principios de 1892, inmediatamente de abierto el parlamento, de las razones

que había tenido para declarar al país en estado de sitio en receso del congreso.

Ese mensaje da la prueba eficiente y completa de que el espíritu revolucionario se había infiltrado en todo el organismo de la nación desde Buenos Aires á Jujuy.

Y bien; era salvador entonces el consejo que daba el general Mitre á sus amigos políticos, al detenerlos en esa carrera y dirigirlos hacia el orden. Se produjo, pues, la división del partido popular, no sé si para desgracia nacional ó para salvación del orden público del país, porque es muy difícil ser profeta en su tierra y saber lo que hubiera podido producirse sin aquella actitud. Pero sea de ello lo que fuere, se produjo la división, y el partido de la unión cívica nacional fué á las elecciones ¿con quién? Con el partido autonomista nacional en la capital; y en esa forma entraron al parlamento el general Campos, que había sido el jefe militar de la revolución en 1890, el doctor Antonio Bermejo y... no he tomado el tercer nombre.... me parece que lo era el doctor Gutiérrez.

**Sr. Varela Ortiz**—¿Por el acuerdo sin lucha?

**Sr. O'Farrell**—Por el acuerdo sin lucha, en 1892.

Vuelvo á preguntar: si no hubiera sido que esta sección del partido popular, diré así, se acercó al gobierno, jamás habrían llegado al parlamento sus hombres! Yo sostengo que procedió con miras levantadas, otros lo atribuyen á miras de interés propio... Así lo sostenía el partido radical que nos enrostraba todos los días los acuerdos.

Ustedes, nos decían, se han ido para ganar posiciones. Esa era la prédica del partido cruel que hemos tenido que soportar durante diez años de lucha.

**Sr. Varela Ortiz**—El acuerdo no era sino el reparto de posiciones. Se suprimía toda lucha cívica; ésta era la realidad. En la forma externa, una gran política que fortificaba la acción del gobierno en contra de la tendencia revolucionaria; en realidad, la vida cívica muerta, la supresión de la lucha, el reparto de las posiciones! (Aplausos).

**Sr. O'Farrell**—¡Exactísimo!

**Sr. Gouchon**—¡Completamente equivocado!

**Sr. Cantón**—¡Esos son los inconvenientes de la lista!

**Sr. Varela Ortiz**—¡Inconvenientes de la lista, es claro!

**Sr. Gouchon**—¡El acuerdo de la política de Mitre después de Caseros, la política que siguió en su presidencia, y la política que ha salvado al país!...

**Sr. O'Farrell**—Estoy de acuerdo.

**Sr. Varela Ortiz**—Sino que el acuerdo...

**Sr. Gouchon**—... ¡Lo que hace la gloria de la patria! ¡La gran política que se ha seguido, ha sido la de los acuerdos!

**Sr. Presidente**—¡Ruego á los señores diputados se sirvan no interrumpir al orador!

**Sr. O'Farrell**—Resulta que he tocado otra cuerda sensible... No era tampoco mi propósito tocarla... (*Aplausos*).

**Sr. Uriburu (F.)**—Actualmente hay un acuerdo por el cual se levantan candidatos en una circunscripción...

**Sr. Iriondo**—¡Son cosas completamente distintas! ¡Son fuerzas populares, no vinculadas á la situación oficial, que se unen contra la influencia de gobernadores de provincia que abandonando sus deberes vienen á la capital á hacer política electoral!

**Sr. Varela Ortiz**—Me permito hacer notar que estos acuerdos actuales no suprimen la contienda electoral, sino á la inversa.

Ahi tienen los señores diputados el espectáculo de la circunscripción 13: hay tres candidatos en lucha. Cualesquiera que sean, son tres grupos de pueblo disputándose el triunfo; y jamás en la elección por lista hubo semejante espectáculo. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos*).

**Sr. O'Farrell**—Con esta distinción: que ninguno de esos tres candidatos que están en lucha, se presenta ostensiblemente como miembro del partido gobernante en el orden nacional. Se presenta cada uno de ellos,—así lo entiendo yo,—buscando el hábito popular que lo traiga aquí á ocupar un asiento. ¡Benditos esos movimientos que traen representantes del pueblo!

**Sr. Iriondo**—¡Muy bien!

**Sr. O'Farrell**—Decía, señor presidente, que el acuerdo de 1892 fué hecho entre la unión cívica y el partido nacional, gobernante. Hago esta distinción para que no se me vuelva á interrumpir por los señores diputados por Buenos Aires...

**Sr. Uriburu (F.)**—Discúlpeme el señor diputado.

**Sr. O'Farrell**—... No me refiero á acuerdos que se pueden producir fuera del partido imperante. Es muy lícito producir acuerdos para conseguir un fin electoral, con tal que no sean con el gobierno. Lo que es condenable y enervante para los partidos son los acuerdos con el partido que está en el gobierno.

**Sr. Uriburu (F.)**—Los ajenos son malos.

**Sr. O'Farrell**—Comienza el año 1894. Producida ya en la provincia de Buenos Aires la revolución del 93... Y pido á los señores diputados de esa provincia que no se vayan á ofender... yo no estoy tocándoles la situación, ni la de entonces!

**Sr. Lacasa**—No tenga cuidado, que cuando ofenda le han de contestar...

**Sr. O'Farrell**—Se había producido la revolución del 93, había caído la situación, y estaba la provincia bajo el imperio de la intervención nacional. Esa intervención nacional procedió con toda independencia y corrección. Yo creo que esa intervención es una página que honra la memoria del doctor Lucio Vicente Lopez.

Tuvo lugar bajo su gobierno provisorio, dire así, una elección; y yo creo que es justo decirlo, era imposible ganarle al partido radical una elección en condiciones libres, como las que se produjeron en la provincia de Buenos Aires y en la capital de la República en esa época.

**Sr. Fonrouge**—La afirmación del señor diputado no es del todo exacta: la intervención lo que hizo fué dividir los distritos electorales en tres partes dándole una á cada partido, y en realidad suplantando los derechos del partido nacional, que era la inmensa mayoría en la provincia.

**Sr. O'Farrell**—Parece que estuviera á favor de las circunscripciones el señor diputado... (*Risas*)

**Sr. Fonrouge**—No, señor!...

**Sr. Presidente**—Ruego al señor diputado que no interrumpa.

**Sr. O'Farrell**—Debo declarar, señor presidente, que yo era presidente, durante esa época, del comité de la unión cívica nacional, de modo que tenía el más alto interés político en la derrota del partido radical y en el triunfo de la lista de mi partido; pero triunfo, creo que en buena ley el partido radical, único caso de una lista que haya

venido triunfante, nacida exclusivamente del voto popular sin la intervención o ayuda de un partido que estuviera en el gobierno; único caso, durante veinte años de vida pública, en que triunfa una lista popular, tanto en Buenos Aires como en la capital.—Verdad es que en Buenos Aires, intervenida, no había partido que dispusiera de las fuerzas de un gobierno.

Y yo digo, señor presidente, ¿puede mos establecer que un caso ocurrido en veinte años, salve la existencia de la lista como sistema bueno para elegir la representación nacional que debe ocupar las bancas del congreso?

No, mil veces no!

En la capital de la República, en las elecciones del año 1894, vuelve á producirse un acuerdo, porque ya era una política nacional que se había naturalizado.

Ahora detengámonos en el año 1896. En la capital de la República se votó lógicamente la lista del acuerdo; en la provincia de Buenos Aires no sucedió lo mismo. Estaba al frente de la situación de aquella provincia el eminente ciudadano doctor Guillermo Udaondo. Se verifica una elección bajo los auspicios de aquel ciudadano, trayendo á esta cámara una lista de diputados en la que figuraban Emilio Mitre, Carballido, Lezcano, Iturralde, Paunero, y el que habla. Lista de un solo color: todos eran miembros del partido político que estaba gobernando la provincia de Buenos Aires.

Lejos de mi ánimo, señor presidente, la idea de que hubiésemos sido elegidos exclusivamente por la influencia electoral del partido imperante en el momento...

**Sr. Lacasa**—Pero podía ser la resultante de que los gobiernos son constituidos por la mayoría de cada gobierno de provincia, y desde que el gobierno se ha establecido en esa forma, es natural que la lista contenga una mayoría absoluta.

**Sr. Varela Ortiz**—De donde resulta que no podría venir al congreso ninguno que no fuera partidario de esos gobernadores.

Precisamente por eso se quieren las circunscripciones, para que alguna vez pueda venir alguien que no sea partidario de los gobernadores.

**Sr. O'Farrell**—En esa elección, señor presidente, tuvo la lista de la unión cívica nacional 22 ó 23.000 votos y la

lista del partido radical, que era el único que se presentaba en lucha con el partido de la unión cívica, tuvo al rededor de 17.000 votos. Yo debo declarar en honor de la verdad que tanto esos 17.000 votos y como 22.000 que tuvo la unión cívica nacional eran de carne y hueso. El espíritu público estaba vivísimo en esa época. Era inmediatamente después de la revolución del 93, y cada caudillo, cada individuo, todo el mundo estaba de tal manera embebido en la política que el que no se creía un apóstol era poco menos.

Bien, señor presidente, vinimos aquí con 20.000 votos en contra de una lista de 17.000. Me parece que los señores diputados por la provincia de Buenos Aires admitirán que tengo algún conocimiento de la situación política de esa provincia. Hay secciones enteras, ó á lo menos las había entonces, como Pergamino, Colón, Lobos, Saladillo, Ayacucho, Bahía Blanca, Necochea — distritos enteros que cubren miles de leguas donde se desarrolla un comercio activísimo, intensamente poblados, que respondían exclusivamente en esa época al partido radical. Era imposible, señor presidente, franquear las puertas de los comicios en esas localidades, si no se llevaba la boleta radical en la mano: todo el mundo era radical. Y sin embargo, señor presidente, á causa de esta lista vinimos nosotros, dejando absolutamente sin representación á ese partido que había hecho un esfuerzo tan grande y tan generoso para ser representado en el parlamento. (*Muy bien! Aplausos*). A mí me hizo tal impresión, á pesar de ser en esa época presidente del comité que había obtenido el triunfo, que me daba vergüenza hacer sonar los clarines de la victoria, cuando recordaba que habían quedado sin representación diez y siete ó diez y ocho mil conciudadanos! (*Aplausos*).

**Sr. Fonrouge**—¡Llanto tardío, puesto que no sólo celebró sino que aprovechó el triunfo!

**Sr. O'Farrell**—No es tardío, porque es ésta la primera oportunidad que he tenido de tratar el asunto, desde entonces.

**Sr. Martínez (J. A.)**—Más vale tarde que nunca...

**Sr. O'Farrell**—Sí, señor; y de los arrepentidos se vale Dios!

Se produce la elección de 1898 en la capital, con un nuevo acuerdo, trayéndonos elementos tan valiosos como Va-



rela Ortiz, Argerich, Capdevila y Loureyro.

En la provincia de Buenos Aires declina el partido oficial. Podríamos tomar como un termómetro de la situación de los partidos oficiales en la República Argentina la forma en que vienen á esta cámara los representantes del pueblo. Empieza á declinar la influencia del partido de la unión cívica nacional, que estaba en el gobierno, porque se concluía el período de aquel inolvidable gobernante, y era necesario volver á hacer un acuerdo.

¿Para qué? Para sostener...

**Sr. Pinedo (M. A.)**—Pero en las dos elecciones que ha citado el señor diputado, en la provincia de Buenos Aires, triunfó la oposición, triunfó el partido radical, derrotando los candidatos del acuerdo.

**Sr. O'Farrell**—Eso fué el año 1894; y lo he citado diciendo que es el único caso en veinte años.

**Sr. Pinedo (M. A.)**—No es el único; hay dos.

**Sr. O'Farrell**—Esa fué una elección de uno ó dos diputados, en la cual no había interés, y por eso no se combatió.

**Sr. Pinedo (M. A.)**—Me parece que había visible interés, cuando concurren el partido gobernante y el nacional y sin embargo triunfó la oposición.

**Sr. Uriburu (F.)**—Y tenemos el caso actual de la capital, de una diputación por tres meses, y ya ve la lucha que origina.

**Sr. O'Farrell**—Declina la influencia del partido oficial existente entonces en la provincia de Buenos Aires, en 1898, surge de nuevo la lista mixta, en que figuran á nombre del partido autonomista nacional, que estaba en la oposición, pero que se acercó al gobierno, los señores Dantas, Lacasa, Saenz y Santamarina; y á nombre de la unión cívica, Sanchez Viamonte, Pánelo, Ezquer, Salas y otros.

Llega el año 1900, continúa la política del acuerdo en la capital, y excuso citar los nombres, porque son muy conocidos de todos los señores diputados, pues se trata de una elección inmediata. En la provincia de Buenos Aires vuelve á producirse el acuerdo, ¿entre la unión cívica nacional, con quien se habían hecho los acuerdos toda la vida y el partido autonomista nacional? No, señor presidente; el acuerdo se hizo en-

tre el partido autonomista nacional y el radical, que había subido al gobierno con la candidatura del doctor don Bernardo de Irigoyen. Ya desaparece en absoluto la unión cívica nacional; es un partido que se esfuma.

Pero lleguemos al año 1904, y aquí me voy á detener exclusivamente en las elecciones de la capital de la República, porque entiendo que es donde realmente ha podido ponerse en práctica el sistema de la circunscripción. Me escusarán los señores diputados de citar los nombres de los que han venido representando á las circunscripciones, pues es público y notorio que han venido miembros de todos los partidos, hasta del partido socialista. Lo que no se había conseguido en veinte años de vida política en la capital ni en la provincia de Buenos Aires, que es donde ha habido en esa época mayor intensidad en la vida política y en la lucha electoral, con la sola excepción del 04, se consigue la primera vez que se pone en práctica el sistema de las circunscripciones, viniendo al seno del parlamento miembros de todos los partidos y aún de los que no se consideran partidos políticos sino agrupaciones movidas por aspiraciones que ellos creen salvadoras.

Entonces, yo llego á esta conclusión lógica: los partidos sometidos á la elección por lista, todos los que han venido sucediéndose durante veinte y cinco años, han decaído, y los que han estado fuera del gobierno sólo han podido traer una representación mezquina, casi de favor, cuando han obtenido permiso de los partidos que estaban gobernando para incluir en sus listas á algunos de sus hombres. Sólo en esa forma han podido venir hasta aquí los hombres que no se incorporaron definitivamente al partido autonomista nacional, que ha estado y está gobernando desde hace más de treinta años.

Pero tenemos un hecho político más notable aún y más sugerente. Al concluirse la presidencia del general Roca, se trataba de designar al ciudadano que debía sucederle en el gobierno ¿qué partido existente en el país se consideró suficientemente bien organizado, suficientemente fuerte, después de treinta años del sistema de lista, cuál de ellos se consideró con garras capaces para afrontar la opinión pública y decirle: Proclamamos nuestro candidato: ¿este es? Ninguno, señor presidente!

**Sr. Fonrouge**—¡El partido republicano!

**Sr. O'Farrell**—¡Ah! sí.

Estoy hablando aquí, como hombre de parlamento, no á nombre del partido republicano; y mido al partido republicano con la misma vara con que estoy midiendo á todos los demás partidos, cuando trato de deducir consecuencias lógicas y necesarias. (*¡Muy bien!*)

—El señor diputado Fonrouge hace una observación en voz baja al orador.

**Sr. O'Farrell** — El partido republicano cree, señor diputado, que siempre es sano hacer propaganda para el desenvolvimiento político del país: pero no tenía absolutamente, y excuso la necesidad de demostrarlo, la más lejana esperanza de llegar á ningún éxito. Pero eso fué tanto más noble su acción. (*Aplausos*).

En esas mismas condiciones de incertidumbre debe haber estado el partido autonomista nacional, cuando no convocó á asamblea, como lo hizo en épocas anteriores cuando todavía el sistema de lista no lo había relajado al extremo á que ha llegado en los últimos tiempos. El partido autonomista nacional, que es el único que estaba medianamente organizado en el país, merced á sus posiciones oficiales, no se consideró con fuerzas suficientes para convocar asambleas y designar candidato.

Se reunieron, por llamado de algunos amigos, hombres que se consideraron de los más importantes del país; formaron una asamblea y proclamaron un candidato. Creo que no inferiré una ofensa á nadie diciendo que ese candidato no era miembro del partido autonomista nacional; lo que quiere decir que al proclamarlo, no produjo un acto eminentemente político, puesto que la primera condición que debe llenar un partido, es poner en la presidencia á uno de sus miembros.

**Sr. Lacasa**—Era un acto político, pero no un acto de partido, por que buscaba el bien del país.

**Sr. O'Farrell**—Ya lo sé... ¡Si yo no digo eso, señor diputado!

**Sr. Martínez (J. A.)**—Era un homenaje rendido á la opinión pública del país.

**Sr. O'Farrell**—El mejor homenaje que rinden al país los partidos bien or-

ganizados, es presentarse con su organización vigorosa ante la opinión pública y llevar al gobierno sus fuerzas y sus aspiraciones, y desde allí hacerlas efectivas para bien del pueblo, (*¡Muy bien!*) y no estas componendas, que no son más que remiendos de opinión pública, á falta de partidos orgánicos! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Lacasa**—Pero las componendas á que se refiere el señor diputado...

**Sr. Martínez (J. A.)**—No se podía hacer otra cosa, señor diputado!

**Sr. O'Farrell**—Porque estaban muertos los partidos!

**Sr. Presidente**—¡Recuerdo á los señores diputados que no pueden interrumpir!

**Sr. O'Farrell** — Digo, señor presidente, que á más de disolver á los partidos políticos, como creo que lo he dejado demostrado, el sistema de la lista había muerto el sentimiento público en el país, había enervado el sentimiento político de los ciudadanos, y éstos habían perdido en absoluto ese interés natural y saludable que debe tener todo ciudadano, de tomar participación en los asuntos de gobierno, de sentirse bien representado en el parlamento y en el gobierno, y de protestar contra el gobierno y el parlamento, si se le representa mal.

Y esto ¿cómo se prueba, señor presidente? He oído muchas disquisiciones á este respecto; pero me ha parecido que la manera más eficaz de demostrarlo, es tomar el número de los votantes en varias épocas, y no voy á ocupar mucho tiempo la atención de la honorable cámara sobre este punto, porque sería fastidioso. Veamos cómo se desarrolló numéricamente la acción política durante una época relativamente corta.

Tomemos, por ejemplo, el año 1892, y tomo este año, porque en él tuvo lugar la elección reñidísima entre los acuerdistas y el partido radical; era inmediatamente después de la revolución del 90 é inmediatamente antes de la del 93,—en una época muy parecida á aquella del año 20,—en que el pueblo vivía en la calle, en que todo el mundo tomaba un interés intensísimo en la cosa pública y en que cada ciudadano se creía con pasta de revolucionario. (*¡Muy bien!*)

Y bien: ¿saben los señores diputados cuantos ciudadanos votaron el año 1892? Por la lista del acuerdo, hubieron 6700 votos; por la lista radical, 5.200. Total 11.900 votos en todo el distrito de

la capital. En esa época, no sucedía como ahora en que solo vota la mitad; entonces votaba toda la capital, como que lo hacía por lista.

En 1902, diez años después, en una elección en que tomó una parte activísima el distinguido diputado doctor Gouchon, que estaba muy empeñado en ganar esa elección, en contra del partido radical, que renacia y en contra del partido demócrata que aparecía por primera vez en la escena, votaron catorce mil ciudadanos, once mil próximamente por la lista en que figuraba el señor diputado Gouchon, y dos ó tres mil desparramados entre las otras listas.

**Un señor diputado**—[Y eso que se copiaron los padrones!

**Sr. O'Farrell**—Yo no lo afirmo, pero tengo en mis apuntes esta nota: «todos copiaron», porque eso se dijo en la cámara de diputados, al estudiar esas elecciones, que unos y otros se achacaban el haber copiado casi íntegramente los padrones en muchos distritos; pero yo no quiero hacer ese argumento, quiero tomar los números que resultaron del escrutinio, nada más.

Ahora veamos cuantos votaron en 1904. Se trataba de la elección por circunscripciones, de la primera elección de circunscripciones, aquella en que podía suponerse que el pueblo se retrajera por muchísimas razones, porque era la primera aplicación de la ley, porque todavía no estaba preparado para someterse á todas las condiciones que ella exige, en fin, porque en lugar de pronunciarse por una lista general de personas de su simpatía, tenía que hacerlo respecto de una persona determinada, después de estar acostumbradas las personas de más edad, á dar una especie de voto anónimo á una lista, en que no se ofendía á nadie berrando su nombre, cuando aquí tenían que decidirse por una persona; y á pesar de todo eso, en la mitad de la capital de la República que fué convocada á elecciones, aparecieron, ¿cuántos votantes cree la cámara? Veinte mil; lo que quiere decir que si se hubiera convocado á toda la capital, como lo había sido por el sistema de la lista, el año 1902, hubiéramos tenido 40.000 votantes. Con este agregado: dígame todo lo que se quiera en contra de la elección de 1904—que se compraron votos, y libretas, en fin todas las circunstancias que conocen los señores diputados—pero no se ha podido decir por nadie que haya habido un voto falso,

ni que nadie haya votado sin tener derecho á ello y sin concurrir al atrio á depositar su voto.

De manera que eran 40.000 votantes de carne y hueso, que se habían movido de sus casas para dar fe y testimonio de que la ley de circunscripciones es la gran ley, es la ley que mueve la opinión pública y la lleva á participar del gobierno de la cosa pública en el atrio. (*Muy bien! Aplausos*).

**Sr. Lacasa**—El partido republicano, ¿cuántos votos tuvo?

**Sr. Iriondo**—No se trata del partido republicano.

**Sr. Lacasa**—No tuvo ningún diputado. De manera que tampoco era justa la ley.

**Sr. Gouchon**—Respecto á la cifra de 40.000 votantes que ha dado el señor diputado, se la rectificaré: en las elecciones del 6 de marzo, para electores de senador, votó toda la capital, y solo concurren 28.000 electores.

**Sr. Luro**—Es una demostración en favor del distrito, porque justamente cuando la capital fué congregada en el conjunto de su cuerpo electoral, para elegir electores de presidente, y de senador no tuvo el mismo entusiasmo cívico que la llevó á la lucha de los comicios tratándose de la elección de diputados.

**Sr. Varela Ortiz**—Es que la elección de electores de senadores se hace por lista.

**Sr. O'Farrell**—Voy á continuar, señor presidente.

**Sr. Varela Ortiz**—Estando fatigado el señor diputado, hago moción para pasar á cuarto intermedio.

**Sr. O'Farrell**—Voy á continuar. Estas interrupciones me han ayudado á descansar un poco.

Tenía otro orden de consideraciones que lo voy á enunciar, como lo he dicho antes, en homenaje á la brevedad y porque estoy algo fatigado, pero resuelto á concluir.

Este, señor presidente, es un país nuevo, formado con elementos que nos vienen de todas partes del mundo; en que una gran parte de los ciudadanos todavía no tienen muy desarrollado el sentimiento de sus obligaciones políticas. Creo que no anuncio una novedad al decir esto, puesto que lo habrán sentido y palpado todos los señores diputados que han tenido que intervenir de cerca en los atrios, en las cuestiones políticas, y es que cuesta mucho convencer á

Julio 12 de 1905

CÁMARA DE DIPUTADOS

11.ª sesión ordinaria

esas personas que tomen la participación que les corresponde en las cuestiones políticas del país. Todos se interesan mucho más en las cuestiones políticas que se desarrollan en Italia, en España, en Alemania, en Inglaterra ó en cualquier otra parte, á pesar de ser argentinos, que en las elecciones de senadores y diputados y de presidente en el seno mismo de la República, y sin embargo son ciudadanos.

**Sr. Bustamante**—Eso es en la capital de la República.

**Sr. O'Farrell**—Este es un hecho. Yo no sé si cambia la idiosincracia en las provincias. Sin embargo, he recorrido una parte de ellas, y puedo decir que en Santa Fe, por ejemplo — y apelo al testimonio de algunos señores diputados de esa provincia—he visto que los partidos políticos, las autoridades, los consejos escolares y todas aquellas ramificaciones que tienen que hacer con la ciudadanización de los elementos extranjeros, han encontrado dificultades para asimilarlos definitivamente al sentimiento nacional.

Este es un hecho que se produce en todas partes del mundo.

**Sr. Bustamante**—Porque son provincias de inmigración.

**Sr. O'Farrell**—Ojalá lo fueran más. ¿Cuál es el sistema electoral, señor presidente, que conviene más para llenar este gran propósito de la constitución de asimilar á la vida nacional á todos los hijos de los inmigrantes que vienen de todas partes del mundo á radicarse aquí?

El sistema de la lista que es un llamado anónimo, á nombre de diez, quince ó veinte personas, ó el de la circunscripción en que va el candidato de puerta en puerta, demostrando á cada ciudadano la conveniencia... más, la necesidad... más, la obligación en que es tá de tomar parte en la política...

**Un diputado**—... más, de votar por él...

**Sr. O'Farrell**—Sí, señor, de votar por él si se cree el más digno; y como eso llena una gran misión, incorporando esos elementos á la vida institucional del país.

A esto tiende la circunscripción, á que el candidato se identifique con los ciudadanos radicados en la circunscripción que lo elige, trayendo al seno del parlamento la voz y el eco de todos esos pequeños intereses y necesidades que va encontrando en su camino y que en

conjunto forman el gran interés público. Yo digo que el sistema de la circunscripción es el medio más eficaz para producir ese resultado grandioso de incorporar definitivamente todos esos elementos á la vida de la nación, evitando su dispersión y su desgaste en tendencias egoístas y malsanas. (*Muy bien! Aplausos*).

Señor presidente: no tengo más que agregar sino lamentar que si volvemos al sistema de la lista, probablemente los pocos opositores — no opositores á *outrance*, puesto que no hemos venido aquí con propósito definido de hacer fuego á todo lo que venga de la casa de gobierno, sino á tratar de controlar la acción gubernativa y encarrilarla mejor en los grandes cauces del progreso público — los pocos opositores, digo, que nos sentamos en la cámara de diputados á nombre de un sentimiento ó de una aspiración que no sea exactamente el sentimiento ó la aspiración del partido que tenga en una hora determinada el gobierno del país, tengamos que decir adiós á las esperanzas y propósitos saludables y legítimos de tomar una participación activa, eficaz y con toda buena fe en el manejo de los intereses públicos que se debaten en esta asamblea! (*Muy bien! Muy bien! Aplausos en las bancas*).

**Sr. Martínez (J.)**—Ahora podríamos pasar á cuarto intermedio.

**Sr. Luro**—¡El señor diputado por la capital hace honor á la circunscripción!

**Sr. O'Farrell**—Muchas gracias!

**Sr. Carbó**—Pido la palabra.

Ante todo ha de serme permitido recoger las últimas palabras del señor diputado preopinante. Mal hace en despedirse del congreso y de toda participación en los negocios públicos quien aunque no quiere ser aquí sinó diputado y no representante de un partido, es miembro de un partido militante que ha establecido como programa de gobierno en sus últimos tiempos la actividad sin descanso en la vida pública. No puede darle esa palabra de despedida á la gestión de los negocios públicos, para el caso que la ley de reforma sea votada, quien pudo venir como representante de la lista en momentos en que la política argentina pasaba por crisis profunda, que supieron remediar con patriotismo y con altura aquellos que respetando el precepto constitucional, supieron encontrar en la flexibilidad de su espíritu los medios de traer con decoro al parlamento á hombres de

todos los partidos políticos de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Ese espíritu de orden y de ecuanimidad de nuestros hombres públicos no ha de desaparecer, cualquiera que sea el sistema que se elija en esta cuestión de procedimiento electorales.

No, señor presidente: tenemos que tratar esta cuestión desde nuestro punto de vista, porque no estamos legislando para un pueblo extraño; todos somos aquí conocidos, tanto los que pudieron actuar allá en las épocas primarias de nuestra constitución, como los actuales, porque de algo sirve la experiencia que se consigna en los libros y de algo sirve la enseñanza que se recibe de ellos, cuando se va leyendo día por día, mes por mes y año por año, lo que han dejado consignado en sus páginas todos los hombres de partido que han pasado por este parlamento.

La vida pública argentina no puede limitarse á las estrechas esferas en que ha sido encerrada para tratar esta cuestión en la forma en que la ha presentado el señor diputado por la capital, queriendo que caigan sobre el sistema de la lista todos los reproches, todos los errores, todas las quejas que es posible acumular sobre la marcha de un país nuevo, como ha dicho, en plena formación, y á cuyo crecimiento se ha unido un cúmulo de circunstancias tales y tan variadas que ante ellas parece nimio é insignificante decir que la lista es causante de todos los males que nos afligen, á tal punto que sería lo mismo aseverar que ciertas calamidades públicas, que las inundaciones, que la langosta, son debidas al sistema de la lista (*¡Muy bien!*) No, señor presidente: seamos justos y vamos á inquirir toda la responsabilidad que pueden haber tenido los partidos militantes y la responsabilidad que puede haber tenido el sistema, discutiendo todo eso por lo pronto, con independencia del concepto constitucional de esta ley, porque entra en las íntimas convicciones de mi espíritu que realmente el sistema que el congreso ha sancionado y que está vigente, no es el sistema de la constitución.

Lo he dicho y lo repito: para mí la constitución tiene establecido un sistema electoral, y cualesquiera que sean las proclamaciones que se puedan hacer en favor ó en contra de ese sistema, no serán una crítica á la política, sino una crítica constitucional, fuera de lugar. Sería trasplantar la cuestión de un punto

á otro. Si hemos de hacer la crítica de la constitución, enhorabuena, que se critique el sistema; si hemos de hacer la crítica de la política de congreso, la cosa es muy diferente.

Desde el punto de vista político ha tratado la cuestión con mucha elocuencia y habilidad en mi concepto, el señor miembro informante de la mayoría de la comisión. Desde el punto de vista constitucional, aunque se haya tratado con exceso, según se ha dicho, es de notarse que ninguno de los partidarios de la circunscripción ha prescindido de hacer argumento al respecto; y ha de serme permitido también que yo lo haga. Hay algunos que reputo inconvencientes, y no han sido conmovidos, por lo que no he de ocuparme inmediatamente de ellos; pero sí he de ocuparme de ellos en el transcurso de mi exposición, por que necesito y deseo seguir á los sostenedores de la circunscripción en los puntos principales que han expuesto en sesiones anteriores.

**Sr. Varela Ortiz** — Quizá le convendría al orador y á la cámara un cuarto intermedio...

**Sr. Carbó** — Si la cámara lo desea es otra cosa.

**Sr. Varela Ortiz** — Facilitándole al señor diputado...

**Sr. Carbó** — Entonces, agradecería que se me dejara continuar.

**Sr. Varela Ortiz** — Si desea continuar...

**Sr. Carbó** — Yo pienso, señor presidente, como el miembro de la minoría doctor Mugica, que cuando se debaten cuestiones de esta índole en un parlamento, deben considerarse siempre con una amplitud de miras que seguramente no puede restringirse al simple hecho del establecimiento y de la aplicación de una ley.

Una ley tiene antecedentes, tiene historia, tiene arraigo ó no los tiene en un pueblo. A veces la raíz y la historia de una ley no puede buscarse en la legislación positiva; es necesario buscarla, como lo ha dicho el señor miembro informante de la minoría, en las condiciones especiales del pueblo, en su estructura, en el régimen de gobierno que se ha impuesto y hasta en la distribución de sus habitantes, y si es posible, hasta en las condiciones geográficas del país.

Esta afirmación del señor miembro informante de la minoría la hago propia, así como he de hacerla valer también en la debida oportunidad en contra de

otro de los argumentos de otro miembro de la minoría, para quien parece que las leyes electorales se hicieran para los partidos políticos. Si así fuera, no sería siempre oportuno entrar á discutir estos otros elementos de juicio que deben primar en la discusión de una ley como ésta, porque los partidos políticos pueden ó no obedecer siempre á esas cosas; porque sabemos que hay formaciones artificiales de partidos políticos, así como hay formaciones naturales y lógicas; y que son partidos naturales y lógicos en un país que se rige por una constitución, todos aquellos que están dentro de los preceptos de la constitución, aunque vayan hasta las ideas más radicales y extremas que se quiera, aunque tengan la aspiración perenne y constante de reformar la constitución.

Y es precisamente aquí donde está el origen de nuestros partidos.

Si se piensa en las ideas predominantes en el momento que se organizaba nuestro país, no hay necesidad de hacer un esfuerzo para comprender que las dos tendencias que han venido siempre tratando de predominar se han reducido á esto: dar fuerza al poder ejecutivo, dar fuerza al poder central, puesto que la constitución ha dicho que el gobierno es presidencial. Y para darle fuerza, esa aspiración ha sido común, es preciso reconocerlo, á las dos tendencias, no ha sido lo mismo en cuanto á los procedimientos y medios de conseguirlo, y de ahí los dos partidos, apoyados en las amplias bases de la constitución. El uno es el partido que da todas sus fuerzas á la organización del estado provincia; el otro, procura hacer el gobierno unificado, en el poder central.

Entre estas dos tendencias de gobierno político se ha desenvuelto siempre el espíritu público argentino, y consciente ó inconscientemente las masas populares han seguido á sus caudillos con esas grandes ideas. No tengo necesidad de decir quiénes fueron los primeros que las levantaron, ni quiénes los que las han continuado.

Esas dos grandes tendencias son las que determinaron la forma de la constitución. Pero establecida la constitución, dentro de ella se formaron los dos partidos: el partido centralizador y el partido de las autonomías provinciales, que mantiene la verdadera federación y quiere la unión nacional, pero que no confunde la unión nacional con la unidad.

Entre esas dos tendencias es natural que aspiremos todos á que se formen los partidos.

Y yo creo, leal y honradamente, que el sistema de la lista es el sistema que puede mantener esas tendencias organizadas, mientras sostendré que el sistema de las circunscripciones será siempre el partido que haga imposible su mantenimiento, por la sencilla razón de que, como ha dicho muy bien el señor diputado por la capital que me ha precedido en el uso de la palabra, este partido requiere la intromisión personal y directa del candidato para que vaya de puerta en puerta pidiendo votos en la circunscripción que le es propia, prescindiendo por completo de todos los intereses generales, que deben sobreponerse siempre á los pequeños intereses locales. (*Muy bien!*)

Y como los preceptos de la constitución tienden ante todo á la independencia mas absoluta del representante, como ella propende á que se desligue todo lo posible, á que se desligue en absoluto, y no reconoce la exigencia de que cuando el mandante haya cambiado de opiniones el mandatario deba abandonar su banca en el congreso, me parece contradictorio—y aquí vendría bien emplear la palabra *irónico* á que se refería el señor diputado por la capital—me parece irónico que se quiera establecer que el sistema de las circunscripciones está encuadrado dentro de la constitución y dentro de la independencia y de la dignidad del elegido, y no lo esté el sistema de la lista que gira siempre al rededor de los partidos, de los programas, de las grandes ideas y no se achica jamás para descender á los mezquinos intereses de cada uno de los electores. (*Muy bien! Muy bien!*)

En los lineamientos históricos nuestra constitución ha ido marchando llevada de la mano, por así decirlo, por los grandes partidos, y todo lo que se quiera decir contra el sistema de la lista á este respecto es completamente antojadizo, es afirmar en contra de los hechos, es negar lo que evidentemente ha sucedido; es desconocer la historia de nuestra cámara que en ninguna época, salvo en una crisis honda y profunda, crisis social y política, ha dejado de tener representados todos los matices de la opinión. Aun en el caso citado por el señor diputado por la capital, de que todos los miembros pertenecían al partido autonomista nacional, cosa que quizás sería necesario rectificar, aquí han sonado las

voces de la oposición, la palabra de hombres elocuentísimos que el país no olvida, que le han prestado servicios de todo género y que supieron orientar á veces contra la opinión de los ministros del poder ejecutivo los grandes ideales del gobierno.

Quiere decir, pues, que aun dentro del partido mismo á que pertenecían, bajo la bandera común era posible la manifestación de los distintos matices de opinión.

¡Y cómo no! Si era la emanación de la lista, si efectivamente representaba cada núcleo de diputados la opinión predominante en el partido de su provincia natal, ¿cómo es posible creer que todos los matices fueran iguales? ¿Acaso el que es partidario de la autonomía de Jujuy ha de tener las mismas ideas sobre la marcha del gobierno, en lo administrativo y en lo político, del que es partidario de la autonomía en Buenos Aires? ¿Acaso el partidario de la autonomía de Mendoza, provincia industrial, de la autonomía de Tucumán, también industrial, ha de tener las mismas ideas, ha de gobernar y marchar con la misma política que el que es autonomista en la provincia de Buenos Aires, con la descentralización que necesita su población, que el que es autonomista en Entre Ríos ó en Santa Fe? No, señor presidente; y priman sobre ellos precisamente todas las influencias extrañas: la inmigración, en una parte, las industrias en otra, y los intereses comerciales en otra. Los intereses como se comprenden señores diputados, se contradicen los unos á los otros y forman el conjunto de opinión que dentro del distrito de la constitución, manda por mayoría de votos su opinión al congreso del país... (*Muy bien! Aplausos*)... para que vengán á dilucidar aquí lo que corresponde acordar en cada ley!

Es posible, por consiguiente, que dentro de un partido, aun suponiendo, como se ha dicho, la unanimidad completa de dicho partido en la cámara, haya choque de opiniones; es posible que entonces se presenten los hombres de la oposición, y aun es posible que suceda en otra forma, sin necesidad de los acuerdos. Respecto de la política de los acuerdos no tendría más que recordar lo que se dijo en 1901.

Pero, decía, prescindiendo de la política del acuerdo, hay la posibilidad de que vengán los hombres superiores de todas las provincias, de todos los ámbi-

tos de la República, traídos más especialmente por la lista que por el sistema de la circunscripción. Y la razón es óbvia y sencilla. Cuando el país tiene en su seno partidos organizados, cuando tiene en su seno partidos de principios, estos partidos, señor presidente, propenden á que vayan hombres superiores á representar sus ideales, á que vayan á representar su política ó la que conviene al pueblo; hombres que colocados en cierta esfera social por su inteligencia, por su distinción, por sus virtudes, no tienen acaso la capacidad necesaria — ¡valiente capacidad! — la capacidad necesaria para ir, como decía el señor diputado O'Farrell, de puerta en puerta, pidiendo el voto de los electores! (*Muy bien!*)

Así se puede hacer, así se está obligado á hacerlo, por el sistema de la circunscripción, que borra completamente, que destruye lo que se llama la disciplina de los partidos. Y cuando hablo de la disciplina de los partidos no quiero referirme á la disciplina baja y servil que fué la que nos trajo la situación y el estallido de 1890! (*Muy bien!*)

No me quiero referir á la disciplina servil sino á la inteligente y discreta del partidario, que si sabe que debe su esfuerzo á su partido, sabe también que no le debe el sacrificio de sus ideales; y en ciertos momentos sabe que sería traidor al pueblo que le ha dado su representación, para representarlo según su juicio, su inteligencia y su conciencia, si por un acto de adulonería para con ese pueblo, abdica de sus propios pensamientos, y en vez de seguir sus propias convicciones, sigue las inspiraciones y obedece las sugerencias de los que lo mandaron como representante al congreso. (*Muy bien!*) Esa es la disciplina que puede llevar á las unanimidades peligrosas, no la disciplina honesta de los partidos.

Pero decía que en esos casos los partidos pueden elegir hombres de inteligencia superior, que vengán á representarlos. Yo no creo que otro tanto pudiera suceder en el caso de las circunscripciones, sobre todo, si el sistema se plantea en un momento de disolución de los partidos.

El señor diputado por la capital, con ese talento ágil y fácil, con esa palabra tan ilustrada y brillante y con ese calor que da á sus ideas, cuando las expresa en este recinto...

**Sr. Vedia**—Muchas gracias.

**Sr. Carbó**—... nos decía que él levantaba en este caso, para expresar que podía ó no haber una cuestión de partido, la bandera del partido nacional, porque creía que en esa enseña, la circunscripción había sido inscripta por dos hombres del partido nacional que para él significan una convención.

Yo, señor presidente, y séame permitido hablar en nombre propio, contando con que no he sido yo el que ha traído los argumentos personales...

**Sr. Vedia**—¿Si me permite una interrupción?

**Sr. Carbó**—Con mucho gusto, y todas las que quiera el señor diputado.

**Sr. Vedia**—Quiero recordarle, para que no parta de una interpretación equivocada, cuáles fueron mis palabras.

Cuando aludía á la libertad de acción que dentro del partido tiene cada ciudadano para emitir su voto en estas cuestiones, dije que si se tratara de invocar los antecedentes, yo podría referirme á las opiniones de Sarmiento, Avellaneda, Pellegrini y Roca. Y cuando hablaba de convención, me refería á la votación anterior del congreso, que podría equivaler, dije, al fallo de una convención.

**Sr. Carbó**—Agradezco mucho la interrupción. Es la manera como he entendido sus palabras, solo que yo ligaba dos párrafos distintos.

Pero ya que lo ha hecho el señor diputado, yo también declaro que pertenezco como él al partido autonomista nacional; y que como el señor diputado, acepto las responsabilidades que puedan caberme en los actos del gobierno de dicho partido, bien poca, por cierto, porque bien poca ha podido ser la influencia que desarrollara un hombre de tan escasas condiciones como el que habla.

**Sr. Vedia**—Todo lo contrario.

**Sr. Carbó**—Pero si he tenido respeto por esos hombres del partido nacional, que he considerado superiores, como por muchos otros hombres distinguidos del país, jamás mi respeto ha podido confundirse con la adoración, y por consiguiente, yo he podido ver y analizar las cosas de una manera distinta. De ese modo, pude yo en 1901 manifestar que, á pesar de las declaraciones de esos dos grandes hombres, no consideraba en disolución ni podido el partido nacional.

Y gracias á esa independencia de cri-

terio, con que he oído y analizado las expresiones de nuestros grandes hombres, he podido convencerme de que no es cierto que el partido nacional fuera impotente para gobernar al país. Me explico que la lógica de los hechos y la lógica del razonamiento obligara á aquellos hombres del partido autonomista nacional á proponer la circunscripción en el momento político en que declaraban disuelto su propio partido, para que sus miembros buscaran la cómoda ubicación que les fuera dado tomar.

Me explico eso como un acto político, como un fin político, que acaso ha sido salvador. No sé; más tarde hemos de saberlo. Pero no puedo aceptar en manera alguna que ese hecho signifique desde luego que la bandera del partido nacional haya sido en ese momento, ni en ningún otro, la circunscripción electoral. No me lo explico, porque habría sido achicar muchísimo su programa, y porque en ese momento y en muchos otros el partido nacional tenía, como ha sido reconocido por todos, los elementos necesarios para el gobierno de la República.

No acepto, por consiguiente, que sea ese proyecto en materia electoral la bandera de nuestro partido; pero aceptaré si que esa cuestión electoral sea una cuestión eminentemente política, que necesite solucionarse en esta ó en otra oportunidad.

Pero á pesar de todo eso, á pesar de todas las razones políticas que pueda haber, lo declaro con entera franqueza, yo hubiera insistido, siempre que se hubiera presentado la oportunidad en volver al escrutinio de lista, no precisamente por razones políticas transitorias sino porque es para mí el sistema de la constitución.

Aun cuando comprendiera que este escrutinio pudiera llevarnos á los desastres de que se hablaba, yo no habría de votar por el escrutinio uninominal, sino que había de votar antes, valientemente, el proyecto presentado por el señor diputado Mugica; eso, en el caso que estuviéramos dentro del régimen, que yo entiendo que es el de la constitución; pero presentado en la actualidad el proyecto de reforma constitucional, llamaría los constituyentes por... un sistema que yo entiendo que está fuera de la constitución y eso sería para mí tan contradictorio que no cabría más. Yo me explicaría la presentación de ese



proyecto volviendo previamente al régimen de la constitución que no es un retroceso, sino el afianzamiento de las instituciones.

Reconocer la constitucionalidad de un sistema, reconocer que se ha salido de él y volver á él, lejos de ser un retroceso, que pueda traernos la expresión con que el señor diputado por Buenos Aires nos saludaba ayer, de retardatorios, lejos de ser eso, para mí, volver al sistema de la constitución, significa lisa y llanamente volver al imperio de la ley, sin cuyo imperio no puede prosperar ningún pueblo y sin cuyo respecto es imposible que puedan ampararse ni las reformas más llenas de promesas en el sentido de la libertad.

El señor diputado Vedia decía respecto de la aplicación del sistema de las circunscripciones á las elecciones de la capital:

«Cómo no he de felicitarme, señor, de estar en este puesto por un sistema cuya doctrina, por otra parte, considero triunfante en el mundo y cuyo primer ensayo en la República, hace dos años, considero felicísimo y digno de ser saludado con verdadero alborozo...!»

Señor presidente: indudablemente las ideas cambian y se modifican con el tiempo. Hemos escuchado la palabra de un representante de uno de los partidos militantes, que cantan hosanas al sistema uninominal; pero si consideramos lo que los órganos caracterizados de ese partido decían de esas elecciones aquí en la capital de la República, nos encontraremos con afirmaciones completamente distintas. Esos diarios juzgaban que se había hecho un gran progreso con el establecimiento de la ley en tres cosas, en las que tuve, lo digo con satisfacción, oportunidad de manifestar que estaba plenamente conforme cuando discutimos la reforma electoral: en lo que se refiere á la descentralización del comicio, á la duración del padrón y la severidad de las penas para castigar el fraude. En ese sentido, la reforma ha sido un triunfo y un éxito; pero en todo lo demás, el sistema, fuera de que ha producido mayor concurrencia de votantes, en todo lo demás ha fracasado por completo.

¿Cuál era la razón, señor presidente, que tenían esos diarios para declarar así el fracaso completo de la circunscripción? Se basaban en que se les había prometido, en que se les había asegurado, cuando se discutió la circuns-

cripción en esta cámara, que por ese sistema tendrían una representación en el congreso las mayorías y las minorías; se les había asegurado que por el sistema de la circunscripción se resolvía el problema de la representación de las minorías, y se encontraron en seguida con el hecho brutal, por decirlo así, con que se hubiera encontrado el discípulo aquel á que se refería el señor diputado, que en una sola de las circunscripciones de la capital, en una sola por excepción, había obtenido los votos la mayoría, y que todos los representantes que venían eran representantes de la minoría; es decir, que se falseaba, por completo, la promesa de la constitución, de traer al congreso á los representantes de la mayoría del pueblo como diputados de la nación. (*Muy bien!*) ¿Y por qué sucedió esto? Porque el sistema de la circunscripción no puede prometer lo que no puede cumplir, y mucho menos dentro de la prescripción según la cual se elige al diputado por la simple pluralidad de votos.

Este argumento, que se ha acumulado sobre todos los demás que se hacen á la lista, ha sido ya realmente cargante, señor presidente.

Se ha dicho que el sistema de la lista exige la pluralidad de votos. Es que donde existe y ha existido el sistema de la lista, casi siempre se ha hecho la elección á pluralidad de votos; mientras que por el sistema de la circunscripción no sucede eso. Yo no conozco más que un caso en todo el mundo en que impere el sistema de la pluralidad, donde existe la circunscripción para la elección. Invariablemente, se exige mayoría absoluta de electores para aceptar un diputado por circunscripción, mientras que entre nosotros no puede hacerse esa exigencia, puesto que la constitución establece la regla inflexible de la simple pluralidad.

Entonces pues ¿dónde están esas promesas? se preguntaban con razón. Es que el sistema no las puede dar; es que el sistema es contrario á todos esos principios de equidad y de justicia. Si la lista no ha podido corregir eso, menos lo podrá corregir la circunscripción por la cual el gobierno, lo que es una agravante, en vez de ser de la mayoría como manda la constitución, sería entregado á las minorías.

**Sr. Luro**—Permítame una interrupción el señor diputado.

Según su tesis, si mañana la opinión se fraccionara en tres grandes partidos, el partido que por simple pluralidad de sufragios ganara una elección, podría ser representante de una minoría.

**Sr. Carbó**—Ya lo he dicho: la lista no tiene la pretensión de corregir ese mal, y por eso es que no engaña á nadie y que tiene esta ventaja sobre el otro sistema de las circunscripciones, porque con anterioridad hace saber que no tendrán representantes las minorías y excita la unión de los partidos; mientras que el sistema de la circunscripción engaña, porque dice: tenga ó no mayoría, tendrá representantes.

Se ha dicho también que los candidatos que, por ejemplo, se presentaban en la capital de la República, venían desvinculados de los partidos políticos, como si fuera ese un mérito. ¿Pero que, estamos tan atrasados en la ciencia política para no aceptar la opinión general de que son necesarios los partidos para gobernar? ¿Acaso es mejor el diputado porque pueda decir: yo no tengo vinculación con partido político alguno? Yo pregunto á ese diputado cuáles son sus ideales de gobierno, cuál es su programa de gobierno, si tiene la pretensión de representar al pueblo para el servicio público? No; en todo caso vendrá aquí á servir intereses personales! (*Muy bien! Aplausos*).

**Sr. Luro**—Ese es un argumento contra la lista. Se podría hacer el mismo argumento tratándose de Inglaterra.

**Sr. Carbó**—Con la diferencia enorme de que en Inglaterra no va á encontrar lo que entre nosotros, que se trabaja con prescindencia de los partidos. En Inglaterra no sucede eso.

**Sr. Luro**—Está en error el señor diputado.

**Sr. Carbó**—Tan no estoy equivocando, señor presidente, que en cualquier vacante que se produce en el parlamento inglés, los *leaders* del partido van á desarrollar ante los electores su programa de gobierno.

**Sr. Luro**—¿Por qué van?

**Sr. Carbó**—Porque tienen una porción de cosas que nosotros no tenemos.

**Sr. Luro**—Todos los hombres tienen ideales políticos; y yo le presento al señor diputado el espectáculo de esta cámara, en que, habiendo sesenta diputados elegidos por la circunscripción, están perfectamente dibujadas tres tendencias políticas, á veces divergentes.

**Sr. Carbó**—Me felicito de que el se-

ñor diputado lo diga. Pero á lo que yo me refiero es á que no se puede afirmar, entonces, que el hombre que va á solicitar el voto, lo hace á título de ser el mejor...

**Sr. Luro**—A título de considerarse el mejor de su partido, dentro la circunscripción, á que pertenece.

**Sr. Carbó**—Al solicitar el voto, si el voto se va á solicitar, se solicita en nombre de los intereses públicos.

**Sr. Luro**—En nombre de la aspiración personal puesta al servicio de la causa pública, que es la más noble de las aspiraciones.

**Sr. Irlondo**—Habría que saber cómo lo solicitan los candidatos.

**Sr. Presidente**—Ruego á los señores diputados que no interrumpan al orador.

**Sr. Carbó**—No me molestan los señores diputados.

Yo le agradezco muchísimo al señor diputado que nos haya citado el caso de Inglaterra.

Es uno de los grandes argumentos, Inglaterra. ¡Pero qué! ¿hay alguien en esta cámara que ignore cómo se ha formado el parlamento inglés? ¿Cómo es posible siquiera señalar como un ejemplo lo que pasa en Inglaterra, donde el parlamento ha empezado por ser exclusivamente la representación de intereses de clases, para llegar, á través de las crisis políticas que se han producido, de las reformas de 1832, de 1837, 1868, etcétera, á la conquista del sufragio, la amplitud del sufragio? Pero nunca ha sido cuestión de si se vota por lista ó por circunscripción. ¿Por qué? Porque era lo natural, porque nació de ahí.

Pero se nos ha dicho también que se quiere abolir este sistema de circunscripción en Inglaterra, porque no representa en realidad la verdadera opinión de los partidos en la circunscripción.

Se tendría que llegar forzosamente á buscar procedimientos artificiales; porque así como la opinión se ha manifestado en contra de esta idea de las circunscripciones en Inglaterra, como está palpitante la oposición á ella en Italia, como se mantiene siempre en Francia, de la misma manera, como decía el señor diputado Vedia, también la ciencia política se está inclinando á considerar que no es la representación proporcional de las minorías la mejor forma en que se puede gobernar.

Esas ideas se desenvuelven y crecen

según la educación distinta de los países. Entre nosotros, estamos todavía en el período de formación, á que se había referido el señor diputado O'Farrell; estamos admitiendo por millares los extranjeros que vienen á nosotros, y puede ser muy cómodo afirmar, en nombre de la expansión del sufragio, la conveniencia de incorporar inmediatamente los elementos extranjeros á la masa electoral, pero puede ser también muy peligroso, sobre todo si examinamos que en la capital de la República hay circunscripciones en que siendo de treinta y tres mil habitantes la base de la representación, los electores no alcanzan á mil, en razón de que casi todos son extranjeros.

Supongamos la incorporación repentina de esos elementos. ¿Tenemos la seguridad de que responderán á los anhelos y aspiraciones del pueblo argentino, ó no podemos tener la legítima presunción de que esos elementos, precipitadamente incorporados á nosotros, traerán las propias inclinaciones de su país, sus propias ideas, un amor todavía no desenvuelto á esta tierra que los cobija. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Es que estas cosas que afectan la vida misma de los pueblos no se pueden apreciar ó resolver con el simple transplante de instituciones extranjeras. Y es en este concepto aplicado á las formas electorales en lo que yo estoy de acuerdo con las ideas del señor miembro informante de la minoría de la comisión. Precisamente, consultando todas estas cosas, haciendo el estudio de nuestro pueblo, fijándonos en los elementos que entran en su composición, fijándonos en la forma cómo se ha hecho la federación argentina, en una palabra, yo sostengo y sostendré siempre la necesidad de leyes que propendan á la organización de los partidos dentro de los propios límites del distrito de la constitu-

ción, pero que no se disloquen, que no se deshagan, para que los representantes del pueblo de cada distrito puedan venir con la misión de sus electores á traer al congreso de la nación los votos y las aspiraciones de la mayoría de cada uno de los estados. (*¡Muy bien!*)

El señor diputado Luro decía que también con el sistema de lista, teniendo la cláusula de la simple pluralidad, podrían venir los representantes de la minoría. Pero como he dicho ya, en eso no hay un engaño; los partidos lo saben. He ahí por qué este sistema de la lista es el que puede impulsar á las fuerzas directivas de los partidos á vincularse de tal manera que hagan acuerdos no para simples funciones electorales, sino acuerdos de gobierno en el sentido más elevado de la palabra; de tal manera que cada uno de ellos rebaje de sus ideales hasta donde le sea posible, para que el otro también rebaje de los suyos y se pongan en comun nivel para realizar todo aquello que sea útil para el país en un momento político dado, sin perseguir utopías que pueden mantenerse en el silencio del gabinete, sobre los libros de estudio, en los apuntes de cartera, pero que no se pueden llevar á la práctica, porque sencillamente les falta la fuerza y oportunidad necesaria para ser realizadas.

Por ese camino lento y seguro de la concentración de los partidos, preocupados de los grandes ideales definitivos del país, es como se llegará al gobierno firme y definitivo fundado sobre instituciones realmente estables en la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

**Sr. Lucero**—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

—Se aprueba esta moción, pasándose á cuarto intermedio á las 6 y 25 p. m.